

AÑO X — BARCELONA 30 DE MARZO DE 1891 — NÚM. 483

ADVERTENCIA.—Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal, Será éste «LOS MISTERIOS DEL MAR,» ilustrado con profusión de grabados.

ESTATUA DE JUAN SEBASTIÁN ELCANO, obra de Ricardo Bellver

Existente en el Ministerio de Ultramar, en Madrid

SUMARIO

Texto. – *La ornamentación y las artes mahometanas*, por J. R. Mélida. – *Ricardo Bellver y Ramón*, por M. M. A. – Sección americana: *Elisa Bravo. Leyenda chilena*, por Eva Canel. – *Los Parlamentos de Europa. Suiza*, por X. – *Gregoria* (Episodio ejemplar), por M. M. Vellido. – *Nuestros grabados*. – *El Anillo de Amasis* (continuación). Novela original de lord Lytton, ilustrada por A. Besnard. – Sección científica: *Química recreativa. El ácido carbónico*. por F. Faideau.

Grabados. – *Estatua de Juan Sebastián Elcano*, existente en el ministerio de Ultramar, en Madrid. – *Ricardo Bellver*, celebrado escultor español. – *Monumento sepulcral del cardenal la Lastra y Cuesta*, existente en la catedral de Sevilla. – Ángel de la capilla sepulcral que en el cementerio de San Isidro de Madrid posee la Excma. Sra. marquesa de la Gándara. – *David teniendo en la mano la cabeza del gigante Goliat*. – *San Andrés*, estatua colosal. – *El ángel caído*, estatua existente en el Parque de Madrid. – Dos estudios, dibujos al lápiz. Los grabados dichos, excepto el segundo, representan otras tantas obras de Ricardo Bellver. – *El palacio federal de Berna*. – *San Bartolomé*, estatua colosal, obra de R. Bellver. – *Asunción y coronación de la Virgen*, alto relieve, obra de R. Bellver. – Recuerdo del baile artístico celebrado en el Salón de la Lonja en la noche del 8 de febrero último, dibujo de D. Nicanor Vázquez. – Fig. 1. Petrificación obtenida en la fuente de Saint-Allyre. El huevo giratorio. – Fig. 2. El humo de un cigarro sobre una capa de ácido carbónico. *El entierro de Santa Inés*, bajo relieve de Ricardo Bellver.

LA ORNAMENTACIÓN

EN LAS ARTES MAHOMETANAS

Es creencia muy general que del arte bizantino se derivaron dos corrientes, una hacia el Occidente, que originó el arte ruso é influyó en el arte del Norte y en el latino, que imperaba en el Mediodía, y otra hacia el Oriente mismo, que formó el arte árabe, del cual se derivaron más tarde el persa y el turco. Los orígenes orientales del arte árabe no están comprobados del todo; pero no pretendemos esclarecerlo, pues no importa para el caso presente.

I

ARTE ÁRABE

Es un hecho que los árabes aprovecharon elementos de las construcciones bizantinas en las suyas durante los primeros tiempos de su cultura y que también copiaron algunos detalles de aquéllas. Por razón de su origen, por su condición de innovadores en la civilización y de enemigos del cristianismo, aquella gente de viva y fantaseadora imaginación creó un arte completamente nuevo, con que embellecer brillante y fastuosamente el interior de sus mezquitas y de sus palacios, sin olvidar la prescripción del Alcorán, que les prohibía la representación de toda suerte de imágenes de seres animados. Seducidos por la riqueza decorativa de los monumentos bizantinos, que encontraron en su carrera conquistadora, hubieron, sin embargo, de tomar de éstos la pompa y la riqueza ornamental, el procedimiento y el sistema decorativo; tan en armonía con su sentir estético hallaban aquel arte; dándose de esta suerte en el árabe un caso análogo al que se dió en el arte latino, del cual se sirvieron los primeros cristianos, que á pesar del horror que á éstos causaba el paganismo, tomaron del arte romano los primeros é indispensables elementos.

La citada prohibición del Alcorán explica por qué el arte árabe es exclusivamente ornamental y por consecuencia esencialmente decorativo. El ornato campea y domina en absoluto; cual si se hubiera vuelto á los orígenes del Arte se volvió al trazado geométrico. Sin duda el mismo propósito innovador llevó á los primeros artistas mahometanos á formar con los elementos primarios de la ornamentación – las simples líneas – un sistema nuevo. Este sistema constituye un verdadero canon artístico cual no ha existido en ningún pueblo: es un completo sistema filosófico, caracterizado por la combinación matemática; parte de un tipo ó fórmula dado y de él lógicamente se deriva un trazado regular y armónico, de tal modo, que existe relación perfecta entre todas las formas secundarias y la forma principal. La ornamentación árabe, á diferencia de las de los demás pueblos, es hija del cálculo y excluye toda inspiración en la Naturaleza, si bien ésta le suministró elementos vegetales. Dice Owen Jones con referencia á los árabes españoles que se sujetaban á la ley de *decorar la construcción sin destruir nunca la decoración*, y añade que no solamente la ornamentación de la arquitectura árabe española nació naturalmente de la construcción, sino que la idea de ésta está sostenida en cada detalle por la ornamentación de la superficie. Añade más adelante que todas las líneas parten de un tallo madre, y á cualquier adorno por alejado que esté del eje de la composición se le encuentra siempre su raíz. Para llenar un espacio cualquiera, aunque sea irregular, emplean siempre los adornos más apropiados al mismo, cuidando de dividirlo en compartimientos iguales y distribuyendo los detalles sin dejar nunca de volver al tallo madre. Era un procedimiento análogo al que sigue la Naturaleza con la hoja vegetal, pues siendo menester distribuir la savia que parte del tronco á las extremidades, el tronco debe evidentemente dividir el follaje en partes sobre poco más ó menos iguales. Observaban los árabes en sus composiciones ornamentales el principio de la irradiación, partiendo del tallo madre, principio seguido en la Naturaleza, como lo demuestra la mano humana. Por último, otro principio característico es la continuidad de las líneas y de las curvas tangentes.

Al hablar del arte árabe hay que diferenciar dos clases de monumentos: los que existen en Africa, especialmente en el Cairo, y los monumentos árabes españoles. Entre los de una y otra nacionalidad hay diferencias de estilo, aunque no de tal importancia que sea menester tratar de unos y otros separadamente. Sin disputa los monumentos españoles son más delicados y ofrecen una ornamentación más fina que los monumentos del Cairo, de los cuales el más importante es la mezquita de Tooloon, construída en el año 875, es decir, 250 años después del establecimiento del mahometismo. Los ornatos de esta mezquita corresponden á un estilo primitivo.

Los tipos de combinaciones y de formas aparecen en su total desenvolvimiento en la Alhambra de Granada. Lo mismo que á la mezquita del Cairo ocurre á la de Córdoba con respecto á la Alhambra. Owen Jones resume las diferencias de los estilos árabes de Africa y de España, diciendo que las construcciones africanas tienen por carácter distintivo la grandeza, y los españoles el refinamiento y la elegancia.

La decoración árabe es igual al interior que al exterior; está repartida y dispuesta del mismo modo; sólo que al exterior es más escasa, pues no cubre por entero los lienzos de muro. Toda la ornamentación árabe es de relieve y está hecha con yeso ó estuco cuando no tallada en piedra, y por punto general aparece pintada de varios y vivos colores combinados con oro; entre estos colores predominan el rojo y el azul, sirviendo de fondos, pues el oro, al contrario que en el arte bizantino, donde se empleaba para los fondos, se emplea generalmente para los adornos. También hay ejemplares de decoración árabe puramente pintada, pues así puede considerarse la de azulejos, de los cuales se conservan en España tan preciosas muestras. El motivo más importante y general de la ornamentación árabe es la llamada *Estrella de Salomón*, que aparece variada hasta lo infinito y enriquecida con motivos secundarios. Se manifiesta desde la combinación más sencilla formada por dos triángulos equiláteros ó dos cuadrados, hasta la de diez, doce y dieciséis radios; de manera que el polígono generador de cualquier trazado ornamental puede ser el triángulo ó el pentágono, el cuadrilátero, el exágono ó el octágono. Las líneas ó fajas que constituyen estos polígonos ó estrellas regulares forman, en solución de continuidad, otros polígonos, que resultan simétricos y equidistantes de la estrella, con cuya repetición se llenaba fácilmente y de un modo armónico y regular una superficie cualquiera. A veces estas combinaciones están hechas por medio de líneas curvas en vez de rectas, y entonces el círculo lobulado hace veces de polígono. Además no hay que perder de vista que el Alcorán al prohibir la representación de los seres animados, se refiere al hombre y á los animales, pero no al reino vegetal, y por eso la ornamentación árabe tiene su flora especial, aunque esta suerte de ornamentación es secundaria respecto de los trazados geométricos que forman el motivo principal; sólo en los trazados de curvas tiene la flora mayor importancia, determinando las hojas curvas, que relacionadas con las fajas puramente decorativas completan el motivo. Tanto en las hojas como en los tallos decorativos se encuentra con mucha frecuencia la voluta; pero tratada de un modo sencillo y severo diverso de la voluta griega. La piña aparece con suma frecuencia mezclada con el adorno en los trazados curvilíneos que determinan un espacio cerrado por un arco canopial y luego descienden. tendiendo á concluir en punta por la parte inferior; también suele aparecer una especie de palmeta rehundida como en forma de concha.

Piñas se denominan igualmente por su forma general las almenas escalonadas cuyo perfil presenta una serie de ángulos agudos y cuyo paramento está decorado con preciosas combinaciones geométricas. En las pechinas de las cúpulas y en los arcos mismos emplearon un modo de ornamentación sumamente ingenioso, formado por una serie de cupulitas unas junto á otras y escalonadas de un modo regular, produciendo unas puntas que se denominan *estalactitas*, de donde ha tomado el nombre de estalactito este sistema de decoración. Como todas las celdillas ó cupulitas están diversamente coloreadas, el efecto es de lo más fantástico y aéreo. La cúpula del *Salón de las dos hermanas* en la Alhambra es un buen modelo del género. Por la analogía que guarda con este sistema ornamental deben citarse los perfiles de los arcos lobulados; lóbulos determinados por las tracerías que llenan las enjutas. Los *ajimeces* ó ventanas divididas por un parteluz y los frisos altos con ventanas caladas, son otros tantos motivos ornamentales del mejor efecto. En castellano hay términos especiales para designar las combinaciones decorativas del arte árabe: los trazados geométricos arriba descritos llevan el nombre de *lacerías*, conjunto de lazos; la labor de hojas se llama *ataurique*, y el adorno de hojas y lacerías se denomina *ajaraca*; recibe el nombre de *alicatado* la combinación de mosaico formada con los azulejos de piezas; y por último, la labor de mosaico de vidrio sobre fondo dorado, propia del estilo árabe-bizantino, se denominó *fosaifesa*.

Azulejos los hay de dos clases, unos cuadrados conteniendo un trozo de lacería ó ajaracados, cuya unión forma una composición ornamental, y otros en que cada miembro ornamental es una pieza aparte, de modo que al colocarlos se construye el trazado por el mismo procedimiento que se hace el mosaico.

A semejanza del adorno egipcio, en el árabe hay un elemento que no se halla en ningún otro. Nos referimos al empleo de la escritura como motivo ornamental. Los árabes hicieron una interpretación de los caracteres de su escritura que se combina admirablemente con la composición decorativa; hay dos clases de caracteres: *cúficos*, que son los más antiguos y más ornamentales por ser muy geométricos, y *africanos*, que decoran menos por ser más cursivos.

Los árabes mudéjares, ó sea los que después de las conquistas vivían bajo el amparo de los reyes cristianos españoles, produjeron un arte especial, que aunque conserva todos los elementos de su origen arábigo, se ve influído por los estilos cristianos. El sistema decorativo mudéjar nada nuevo ofrece en cuanto á la estructura de las las lacerías, ajaracas, etcétera; es un árabe menos puro y en el cual la flora tiene á veces más importancia que la lacería. Aquellos principios armónicos de la construcción ornamental de lo árabe están un tanto destruídos por la invasión de elementos extraños. A veces la combinación de estilos es tal que campean en unas partes el árabe y en otras el cristiano, como sucede en monumentos del siglo xv: por ejemplo, el palacio de los Mendozas en Guadalajara y la Aljafería de Zaragoza. El gusto ojival se acomodó muy bien al gusto árabe en la ornamentación de techumbres artesonadas y en los frisos decorados con arquerías; obras que revelan la habilidad y buen gusto de los artistas mudéjares que en aquel tiempo estaban de moda, por decirlo así; pues los preferían y buscaban los reyes cristianos, sobre todo para los trabajos de carpintería, como las puertas cubiertas de preciosas lacerías que se conservan en numerosos monumentos españoles, singularmente en las catedrales. Pero las obras mudéjares más características son las de ladrillo, entre las cuales sobresalen las torres, tales como la Nueva de Zaragoza, que es un precioso modelo del género, cuyo adorno está construído por medio de alicatados de ladrillo formando combinaciones geométricas muy sencillas de rombos, cuadrados, triángulos, arquerías lobuladas ó de herradura, etc. Los azulejos mudéjares, algunos con figuras de animales y otros con adornos de lacerías y ajaracas, abundan mucho en España, habiendo en Toledo curiosísimos ejemplares.

Los productos de las industrias árabes y mudéjares que se conservan acreditan, no sólo la perfección técnica de aquellos artífices, sino también el buen gusto y primor decorativo. En la cerámica, en las telas, en las adargas, en las filigranas de la joyería y en las armas, hay preciosos motivos, apareciendo en los platos de loza leones y escudos heráldicos interpretados con mucho carácter oriental.

Queda indicada la presencia de las imágenes de animales en la ornamentación mudéjar, en la cual nada tiene de extraño después de lo indicado acerca del modo cómo se formó ese estilo; pero es de advertir que aunque, por excepción en varios monumentos y productos industriales árabes, aparecen también figuras de animales, como en la fuente de los leones de la Alhambra y en algunas cajas de marfil y otros objetos, en cuya ornamentación aparecen antílopes, perros, etc., tales monumentos no son mudéjares, sino productos de la influencia persa en el arte árabe.

II

ARTE PERSA

Un sistema de ornamentación fundamentado en base tan sólida y positiva, tan perfecto y severo como es el árabe, no pudo menos de ejercer poderosa influencia en las artes de otros pueblos, no sólo en Occidente, donde queda indicada respecto de España,



D. RICARDO BELLVER, celebrado escultor español

sino con más facilidad en Oriente, toda vez que allí había nacido y tomado la fisonomía especialísima que hemos procurado delinear.

Efectuada en el siglo VII de nuestra era la conquista de Persia por los árabes, se adoptó en este país el arte de los conquistadores; mas como allí existía la tradición del arte indio, efectuóse una mezcla de los dos estilos, mezcla que constituyó el arte persa. Hay que tener en cuenta por otra parte que el genio de los persas se acomodaba menos que el de los árabes á un gusto artístico tan austero y grave como el que aquéllos cultivaban; gente más inclinada á lo muelle y gracioso, y más libre, hubo de producir un arte menos grandioso, aunque de elementos más variados. Los monumentos persas que se conocen son menos perfectos que los árabes del Cairo y de España, y tanto en las líneas generales de la construcción como en el sistema de ornamentación son menos severos. Pero la diferencia capital entre las artes árabe y persa consiste en el constante prurito de imitar la Naturaleza en la reproducción de las figuras humanas y de animales, y en la interpretación ornamental de motivos tomados del reino vegetal.

Esta particularidad del arte persa, contraria á las prescripciones del Alcorán ya indicadas, se explica teniendo en cuenta que los persas eran cismáticos. De aquí también el que atribuyeran á las flores un lenguaje simbólico, y por consiguiente que concediesen mucha importancia á su representación.

Dados todos estos antecedentes, se comprenderá que en el arte persa no aparezca como fundamental el sistema decorativo de los árabes, el sistema geométrico, trazado por cálculo, conforme á un tipo fijo y desarrollado matemáticamente; los persas sólo tomaron de la ornamentación árabe la parte exterior y aparente. Con tendencia marcada á la curva, después de dividir el espacio que iban á decorar en fajas y rectángulos llenaban todos estos campos con roleos y combinaciones de hojarascas, poniendo flores interpretadas de un modo decorativo, pero conservando mucho del natural ó, por excepción, copiándolas. El color tiene extraordinaria importancia en la ornamentación persa. Emplearon con preferencia los colores vivos y claros, siendo frecuentísimo en fondos y otras veces en ornatos el oro, que presta mucho realce á los colores. Como pasa en todos los estilos orientales, todo el ornato carece de sombras; pero en las flores hay cierta oposición de tonos en los pétalos, cierta combinación de colores degradados, que viene á ser como una tentativa de modelar acentuando las partes correspondientes á las sombras y á los claros. En algunos productos industriales, cuyo estilo participa más de la influencia india, los efectos de claro-obscuro en las flores están francamente producidos y acentuados como imitación de la Naturaleza. Aquel modo árabe de ornamentar dibujando el arco canopial aparece también aquí, produciendo variedad de combinaciones, como la cartela dibujada por un óvalo ó por dos arcos de óvalo que se cruzan formando ojiva, ó bien por líneas onduladas, ó bien produciendo un círculo que por un lado se resuelve en una punta aguda. Por lo demás, las combinaciones geométricas de frisos y mosaicos de piso son sencillas, afectan forma de ajedrezados, estando el efecto, más que en los dibujos, que nada ofrecen de nuevo, en lo variado y bien combinado de los colores. En las cenefas suele verse cierta reminiscencia del *meandro* griego.

El arte persa es más decorativo que monumental y más pictórico que plástico. Los mejores ejemplares que de él se conocen no son monumentos arquitectónicos, sino productos industriales, especialmente tapices, miniaturas de manuscritos y trabajos damasquinados correspondientes á los siglos XVI y XVII, época en que Europa hacía mucho consumo de tan artísticas obras.

Las iluminaciones de manuscritos ofrecen primorosas orlas con adornos de muy buen gusto.

Los tapices tienen el poderoso encanto de la bella combinación de colores.

Así como el arte árabe contribuyó en España á la formación del estilo mudéjar, el persa produjo en Lindos (isla de Rodas), por el siglo XIV, un estilo que se manifiesta en productos cerámicos decorados con figuras y ornamentación vegetal de bellos colores, de los cuales posee una preciosa colección el Museo de Cluny en París.

III

ARTE TURCO

Otra derivación del arte árabe, de peor gusto y menor importancia que la anterior, es el arte turco. Sus monumentos, que se conservan en Constantinopla, están construídos á la manera bizantina y decorados conforme el gusto árabe, aunque modificado y desvirtuado. Owen Jones cree que los turcos no cultivaban las artes, sino que se valían de artistas de otras naciones; explicándose así el estilo mixto de algunas mezquitas y edificios públicos. «En un mismo edificio, añade, se encuentran adornos derivados de los adornos árabes y de los adornos floronados persas, junto á detalles bastardeados del estilo romano y del estilo del Renacimiento.» Esta mezcla induce á creer que esos edificios hayan sido construídos en su mayor parte por artistas de religión diferente.

La manera de tratar el follaje en la ornamentación turca es más convencional que en la árabe; además es menos pictórica que la árabe y que la persa, por cuanto los ornatos que en estos estilos están simplemente relevados, en el estilo turco están esculpidos. Otra particularidad consiste en el abuso excesivo de la curva.

Es el turco, además, un arte más vulgar, más industrial, y por consiguiente de mal gusto; abusa del oro, y por esto en los trazados de cuerpos lobulados y florenzados se produce confusión en los adornos.

Los mejores modelos de la ornamentación turca deben buscarse en Constantinopla, especialmente en la mezquita de Solimán I.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

RICARDO BELLVER Y RAMÓN

Hay familias privilegiadas en las cuales la ley de herencia produce los más fecundos resultados, permitiendo aplicar á cada nuevo retoño del lozano tronco y en el sentido más favorable el tan conocido refrán castellano: *De tal palo tal astilla*. Así acontece con la familia de Bellver; la tradición artística perpetúase en ella de generación en generación, y si lauros alcanzaron el abuelo, allá por los últimos años del pasado siglo, y el padre á principios y mediados del presente, no menos gloria ha conseguido en nuestros días el continuador de dinastía tan preclara.

Nació D. Ricardo Bellver y Ramón en Madrid en 23 de febrero de 1845, y no fué para él poca suerte tener en su padre, el famoso escultor é ilustre académico, cariñoso y experto director que fomentando sus aficiones y encaminando hábilmente sus disposiciones para el arte, le allanara el camino que á éste conduce en la edad aquella que para la generalidad de los artistas significa inclinaciones combatidas, deseos contrariados, ilusiones agostadas en flor; en una palabra, lucha entre la vocación irreflexiva del niño y la voluntad maduramente formada de los padres, entre el corazón que siente y el cerebro que calcula, entre la poesía que eleva y el sentido práctico que á la tierra encadena.

Adquiridos así los primeros conocimientos y contando con base tan sólida para ulteriores estudios, ingresó el Sr. Bellver en la Academia de San Fernando, de la que fué alumno distinguidísimo, sobresaliendo entre otras en las asignaturas de anatomía pictórica, dibujo del antiguo, copia del natural y paños, y obteniendo casi todos los premios y el aprecio y consideración de sus profesores. Diez y siete años contaba apenas cuando presentó en la Exposición de Bellas Artes una estatua de Tucapel, inspirada en la descripción que de este caudillo araucano hace Ercilla en su inmortal poema; en esta obra reveláronse las excepcionales dotes del joven escultor, y por la corrección de su dibujo, por el carácter clásico en ella impreso y por el sentimiento que la animaba mereció laudatorios conceptos de la crítica y calurosos elogios de los inteligentes. A los tres años unos y otros se reproducían con creces en presencia de un bajo relieve que figuraba en la Exposición de 1865 y en el que se advertía marcado sabor helénico, así



MONUMENTO SEPULCRAL DEL CARDENAL LA LASTRA Y CUESTA, existente en la catedral de Sevilla, obra de Ricardo Bellver

por el asunto como por la manera de estar ejecutado.

Alentado por tales éxitos y buscando terreno más abonado á su inspiración y á sus tendencias, hizo su primer ensayo en la escultura religiosa, y modeló el grupo de la Piedad, representada por la Santísima Virgen teniendo el cadáver de su hijo en su regazo, que obtuvo mención honorífica en la Exposición de 1867, y en el que se manifestó ser el artista de genio



Angel de la capilla sepulcral que en el cementerio de San Isidro de Madrid posee la Excma. Sra. marquesa de la Gándara, obra de Ricardo Bellver.

á quien tantos y tan grandes triunfos tenía el porvenir reservados.

El concurso abierto en 1874 para las plazas de pensionados en Roma proporcionóle ocasión de lucimiento, y el jurado por unanimidad le concedió una de aquéllas, poseído de admiración por la estatua de *David teniendo en la mano la cabeza del gigante Goliat*, que fué la obra por él presentada y que es tenida por una de las mejores de su cincel salidas, con ser muchas y muy buenas las que el Sr. Bellver lleva modeladas.

Ya en Roma, pudo el genio de nuestro biografiado tender las alas por más vastos espacios y abarcar con su mirada más anchos horizontes: la ciudad eterna con los monumentos que en ella han ido dejando todas las edades, con las obras de arte allí acumuladas por los maestros de todas las escuelas, con los recuerdos gloriosos que en su recinto depositara la historia de tantos reyes, pueblos y religiones, hubo de ejercer benéfica influencia en el alma del artista, prestando mayores alientos á su inspiración aquella variedad infinita de valiosísimas joyas, y comunicando mayor seguridad á su mano el concienzudo y constante estudio de los acabados modelos que por doquier á su vista se ofrecían.

Frutos de su residencia en la capital de Italia fueron, entre otros, los trabajos que desde allí envió para cumplir con las prescripciones reglamentarias del pensionado; á saber: un busto del Gran Capitán, un bajo relieve titulado *El entierro de Santa Inés* y la estatua conocida con el nombre de *El ángel caído*. El primero mereció ser colocado en el Ministerio de Estado, y el segundo, obra inspirada en el más puro sentimiento cristiano, obtuvo un premio extraordinario, amén del aplauso unánime de los inteligentes. El tercero exige párrafo aparte.

La exposición en Roma de *El ángel caído* fué un verdadero acontecimiento; el nombre de su autor figuró desde aquel instante en el libro de oro de los escultores modernos y la fama lo repitió en los más encomiásticos conceptos por todo el orbe. El gobierno español, previo informe de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, concedió al Sr. Bellver recursos extraordinarios para reproducir en mármol la admirada estatua, la Exposición Nacional de Madrid la premió con medalla de oro, y en la Universal de París de 1878 alcanzó asimismo honrosa recompensa. En suma, *El ángel caído* ha sido una de esas obras que hacen sensación y que bastan por sí solas para consolidar la gloria de un artista.

Con esto terminó el plazo de su pensión, pero no el de su permanencia en Roma, en donde continuó viviendo hasta el año 1882. Durante este intervalo ejecutó el magnífico *sepulcro de mármol dedicado al Excmo. Sr. cardenal de la Lastra y Cuesta*, que existe en la Catedral de Sevilla, la estatua también en mármol del célebre navegante *Juan Sebastián Elcano* con destino al Ministerio de Ultramar, y un *ángel colosal* de bronce para la capilla sepulcral que en el cementerio de San Isidro de Madrid posee la Excma. Sra. Marquesa de la Gándara, obras todas á cual más bella y dignas de la fama de Bellver.

A poco de regresar á España, en la fecha indicada, el deán de la catedral de Sevilla D. Francisco Bermúdez de Cañas, cumpliendo los deseos de su antecesor D. Cristóbal Ruiz Canelas, y disponiendo del legado que expresamente hiciera para ello un sevillano ilustre, D. Mariano Desmaisieres, encargóle del adorno de la puerta principal de la Basílica, cuya terminación habían hasta entonces impedido vicisitudes sin cuento. En el año 1885 quedaba colocado en el frontón de la puerta el hermoso alto relieve representando la *Asunción y Coronación de la Virgen*.

Las obras que desde entonces ha producido el señor Bellver son tantas y de tal valía, que sólo teniendo en cuenta la facilidad con que éste concibe y la laboriosidad que es proverbial en él, puede concebirse tan rara fecundidad en un artista. Citaremos entre las principales tres efigies en madera de San Pedro, Santo Tomás de Aquino y San Alfonso María de Ligorio, ejecutadas por encargo del Ilmo. Sr. Obispo de Cádiz Don Vicente Calvo; las estatuas colosales de *San Andrés* y de *San Bartolomé*, que son la admiración de cuantos visitan el magnífico templo de San Francisco el Grande de Madrid; un monumento sepulcral dedicado á Moratín, Donoso Cortés y Goya para el cementerio de San Isidro de Madrid; un crucifijo en madera; un monumento sepulcral en mármol para contener los restos del cardenal Siliceo, colocado en el Colegio de Doncellas de Toledo; una imagen en madera de tamaño natural de Santa Teresa de Jesús para la iglesia parroquial de Chamberí, y veinte estatuas destinadas á la portada de la catedral de Sevilla, entre las cuales figuran los Apóstoles y los Evangelistas.

El Sr. Bellver es académico de número de la Real de San Fernando y profesor auxiliar de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid; ha obtenido innumerables recompensas en muchas Exposiciones y ha sido jurado en varias celebradas en Madrid, no siendo el menos glorioso de sus títulos el de director interino de pensionados en Roma, que desempeñó por algún tiempo apenas terminado el plazo de su pensión.

Tal es á grandes rasgos trazada la biografía de don Ricardo Bellver.

Pocas palabras más hemos de añadir para completar este trabajo, del cual se desprende ya lo que el ilustre escultor español significa en la historia del arte plástico contemporáneo.

Modernista en sus procedimientos, en ninguna de sus obras deja de atender con especial interés á los elementos indispensables en la escultura: la belleza material y el sentimiento. Como los antiguos clásicos, cuida con exquisita minuciosidad de la perfección de las formas; como los incomparables artistas del Renacimiento, imprime en sus creaciones aquella grandiosidad que caracteriza á las maravillas que nos legara la Edad media, y como los más eximios maestros modernos infunde en sus estatuas la expresión y el movimiento que informan las nuevas tendencias del arte escultórico, y que acercando cuanto cabe la materia inanimada á la realidad viviente han permitido á la escultura abordar temas que sólo á la pintura parecían reservados.

Cultiva con igual fortuna todos los géneros, y las obras que de él reproducimos en el presente número son la mejor prueba de nuestro aserto. En el desnudo las estatuas de *David* y del *Angel caído*, en la escultura histórica la de *Alonso Elcano*, en la monumental el *Sepulcro del cardenal Lastra* y el *Angel* de la capilla sepulcral de la marquesa de la Gándara, y en la religiosa las estatuas de *San Andrés* y *San Bartolomé* y los relieves de la *Asunción y Coronación de la Virgen* y del *Entierro de Santa Inés* ofrecen bellezas sin cuento que justifican la fama por su autor alcanzada.

El Sr. Bellver pertenece á la llamada escuela ecléctica: conocedor profundo de las teorías artísticas nacidas del clasicismo, del misticismo, del romanticismo y del realismo, y dominando todos los recursos que para darles forma emplearon las distintas escuelas, toma de unos y otros lo que para cada obra especial necesita y haciendo abstracción de los demás impulsos que pudieran solicitarle, endereza su inspiración y mueve su mano sólo á la consecución del fin que en aquel momento dado se propone. Así tienen sus trabajos el carácter, la unidad y la armonía que tanto se admiran en ellos.

Amante de la verdad, dentro de las necesidades especiales del arte, no subordina la idea á la forma, sino que sujeta la materia á su propio pensamiento; la naturalidad es para él un verdadero culto; á ella lo sacrifica todo, y nunca la codicia de un aplauso le ha hecho caer en la tentación de procurárselo apelando á convencionalismos ó á falsos efectos.

Pero de todas las cualidades que en él se juntan, la que constituye el carácter de su modo de ser artístico es el sentimiento: Bellver no sólo se impone del asunto y de los personajes que en él intervienen, sino que se idenfica, por decirlo así, con ellos, con ellos siente, y antes de buscarlos en el mundo exterior, destácanse por este esfuerzo psicológico en su mente los rostros, las actitudes, la disposición de sus figuras; así es que cuando acude al modelo para la parte puramente material, tiene ya acumulados en su imaginación todos los elementos que han de dar á la escultura expresión y vida.

Bellver consigue con esto impresionar como pocos á cuantos contemplan sus obras: siguiendo el precepto de Horacio, hace sentir á los demás sintiendo él primero. Así proceden los verdaderos artistas; así alcanzan imperecedera gloria.

La conseguida por D. Ricardo Bellver es de las más legítimas, y La Ilustración Artística, al dedicar en sus páginas un título de admiración al escultor ilustre, cumple gustosa con los deberes que su historia le impone contribuyendo en la medida de sus fuerzas á la exaltación del arte patrio contemporáneo, del que nuestro biografiado es uno de los más insignes representantes.

M. M. A.



David teniendo en la mano la cabeza del gigante Goliat, estatua de Ricardo Bellver

SECCIÓN AMERICANA

ELISA BRAVO

LEYENDA CHILENA

Refiere la tradición esta leyenda con detalles de verosimilitud espeluznante: yo no haré sino dar forma á lo que impresionadísima escuché á persona que se decía muy enterada.

Cualquiera á quien preguntéis en Chile quién fué Elisa Bravo, os responderá que una mujer tan hermosa como desgraciada, tan infeliz como mártir del destino.



SAN ANDRÉS, estatua colosal existente en la iglesia de San Francisco el Grande (Madrid), obra de Ricardo Bellver

Era Elisa una joven perteneciente á linajuda familia. Casó de veinte años con hombre que la edad le doblaba, y salió inmediatamente para Europa en uno de aquellos buques de vela que tardaban cinco meses en llegar á España cuando por suerte no perecían al doblar el Cabo de Hornos.

El barco que á Elisa Bravo y á su marido transportaba á la península, fué juguete de un temporal que lo hizo pedazos en las costas araucanas.

Los salvajes recogieron á los náufragos que la playa pudieron ganar después de mil fatigas, y los presentaron al cacique Lucayán, para que en su alta sabiduría dispusiese lo que se le antojase conveniente.

Elisa Bravo era de los milagrosamente salvados; verla Lucayán y prendarse de ella, cosa fué de un instante. La declaró su amor sin más preámbulos, y al ver que la hermosa blanca daba señales de aborrecerlo, ordenó que todos los extranjeros fuesen sacrificados á los dioses, implorando su protección para lograr el amor de la mujer divina.

Ejecutada que fué la sentencia, llevaron á Elisa adonde yacían los cadáveres de sus compañeros; su dolor no tuvo límites; creyó morir y cayó sin sentido presa de un síncope gravísimo. No pudo Elisa saber cuánto tiempo durara el estado anormal de su organismo; sólo vió al volver á la vida que sentado al pie de su lecho de pieles había un hombre contemplándola con ansiedad y ternura infinita: era Lucayán que la idolatraba, Lucayán que había creído perderla y que la había hecho transportar al interior de Araucania, algunas leguas de las fronteras chilenas, creyendo que la proximidad del mar y el paraje de tan tristes recuerdos pudieran serle fatales al volver á la vida.

Así lo habían aconsejado á Lucayán los *doctores* que fueran consultados, y dicho se está que se habían buscado cuantos eran estimados por su ciencia y sabiduría.

Cuando la fiebre cedió en la infeliz prisionera y pudo su razón volver á atrás para reconstituir los angustiosos momentos del pasado, no tuvo límites la desesperación de Elisa; ora lloraba implorando de Lucayán su libertad, ora se tornaba furiosa y pedía una muerte súbita que de tales tormentos la librase.

El cacique lloraba con ella, imploraba también algo que á Elisa repugnaba, pues harto comprendía la poética y amorosa mímica del indio, y los dos pasaban horas enteras, amando el uno, odiando el otro, pero suplicando ambos.

Hacía Lucayán que los mejores poetas araucanos cantasen alabanzas rimadas á la joven, y que los más diestros músicos la entonasen cánticos, arrancando lágrimas á los instrumentos para ablandar el corazón de la virgen, sorda á sus lamentos.

Lucayán amaba de tal suerte á la mujer hermosa, que por crimen hubiera tenido forzar aquella voluntad, que era sagrada para el valiente araucano, fiero en la guerra, dulce en la paz, cruel con los enemigos, enamorado con sus mujeres y fanático con los dioses de sus mayores.

Pasaban los días y los meses; Elisa, que había sentido la imperiosa necesidad de alimentarse, accedió á vivir, después de grandes luchas, para morir sin atentar á su vida, pues que la era imposible moverse sin que las esclavas puestas á su servicio avisasen de sus movimientos al señor y dueño de todos.

Con una saña horrible, con odio profundísimo miraban las mujeres de Lucayán á la rival extranjera que de modo tal había absorbido el corazón y la mente del cacique; ¡y cuánto no gozaban aquellas naturalezas salvajes contemplando la desesperación del *señor* y los desprecios de la blanca!

Entre las esclavas de Elisa había una, Julca, india que podía contar diez y seis años, de peregrina hermosura y que había sido antes de aparecer la diosa blanca manjar el más codiciado de Lucayán y su bocado más exquisito.

Las mujeres del cacique procuraban exasperar el amor propio de Julca, inculcando en su alma infernales venganzas, pero Julca mostrábase extremadamente cariñosa con Elisa, y ella era la que con más esmero y solicitud la servía. ¡Con cuánto placer lavaba Julca las turgentes carnes de la hermosa, con qué suavidad la peinaba, cómo envolvía su cuerpo con las más ricas telas y con qué afanosa solicitud atendía á todo aquello que pudiera serle grato!

Y era que Julca resultaba otra víctima de la barbarie. Julca era india: sangre real corría por sus venas y fuera necesario entregarla á la brutalidad de un hombre de su clase, arrancándola del amor de un guerrero, á quien con pasión ardiente recordaba.

Elisa fué poco á poco sobrellevando aquella situación desesperada, gracias á los consuelos de Julca; ambas jóvenes llegaron á quererse fraternalmente, y con grandes esfuerzos de la voluntad iban asimismo venciendo las dificultades del idioma. A los seis meses de vivir en tal situación entendía Julca el castellano y Elisa podía suplicar la libertad á Lucayán en su salvaje, pero dulcísima lengua.

Las mujeres completamente relegadas al olvido del cacique repartieron su odio entre Elisa y Julca.

Lucayán tuvo que salir precipitadamente para sofocar una insurrección que amenazaba destrozarlo, y dispuso que la corte se trasladase al interior de un bosque, llevando á Elisa con los cuidados y mimos que debía tener la idolatrada favorita de señor tan poderoso.

–¡Adiós!, la dijo al partir, si muero en la batalla, dejo dispuesto que te lleven á la frontera y que te dejen entre los tuyos; no quiero que mis vasallos te torturen y tomen por fuerza lo que yo estimo en más que la vida: tu amor. Si muero, ¿te acordarás de mí, ingrata de los ojos azules? Y si no muero, ¿pagarás con una sonrisa el valor con que pensando en ti me haya batido?

Elisa no contestó, pero dirigió á Lucayán una mirada de agradecimiento. De la muerte de aquel hombre dependía su libertad y su dicha; casi encontraba criminal la hermosa chilena desear que los enemigos venciesen á Lucayán.

Sin el temor que las mujeres tenían al cacique, Elisa no hubiera vivido muchos días después de la marcha de éste; pero sabían que la venganza del enamorado indio hubiera sido terrible, y por otra parte Julca velaba, siempre por el bienestar y la tranquilidad de la diosa rubia.



EL ÁNGEL CAÍDO, estatua existente en el Parque de Madrid, obra de Ricardo Bellver

Habían transcurrido dos años: Elisa vivía en la molicie de favorita mimada. Lucayán la contempla-

ba arrobado, Lucayán moría de amores sin atreverse á tocar el ídolo para no mancharlo.

Si pretendía embriagarse con distracciones que antes le habían parecido sublimes, volvía loco y desesperado, implorando el perdón de la mujer que con su recuerdo se interponía entre el cacique y los placeres.

Elisa hablaba bastante bien el araucano: lo encontraba poético, dulcísimo, cadencioso y arrobador; Lucayán en cambio sabía prodigarle caricias en castellano, gracias á la previsión de Julca que á toda costa pretendía unir aquellos corazones.

Un día en que la ex favorita hablaba á su señor de las bellezas de la blanca, y le decantaba sus formas celestiales, sus hechizos á ella sola revelados, sintió Lucayán una especie de fiebre, de arrebato que le obligó á postrarse delante de Julca.

–¡Oh, tú, criatura celestial!, le dijo. Tú la que yo he olvidado por una mujer ingrata que no me quiere y me hace sufrir mil torturas, tú eres la buena, tú eres la diosa, tú eres la que yo debo amar eternamente.

–No, Lucayán. Elisa te amará; ya no le eres repulsivo, ya no te odia; desea volver entre los suyos, y sin embargo, no pedía tu muerte cuando fuiste á la guerra.

–No; no te sacrifiques Julca: tú que me amas, pretendes darme la dicha con esperanzas: vano empeño; ya no la quiero; á ti, mujer adorable, á ti ama mi corazón, á ti desean estrechar mis brazos.

Y Lucayán corrió á buscar á Julca, que temblando se había replegado hacia la pared.

–¡Qué! ¿Acaso me rechazas? ¿Tienes celos? No los tengas, paloma: aquello ha pasado; sólo tú vives aquí, tú...

Julca sintió sobre sí la mano de Lucayán y lanzó un grito.

–¡Cómo! ¿Te asusto? Te causo también horror como á la blanca, que gime y suspira acaso por otro hombre que la espera... ¡Ah, Julca! ¿Amarías tú á otro? ¿Tiemblas? ¡Desgraciada de ti si me has mentido un amor que no sentías!

–Lucayán, tu pasión por Elisa te trastorna.

–No, ahora no es ella, es á ti á quien amo.

–¡Te equivocas; es á ella!

–Te digo que es á ti. ¡Infame! Vas á morir porque quieres á otro y me has engañado.

–¡Elisa! ¡Elisa!, gritó Julca pudiendo desasirse de las férreas manos del indio y corriendo á refugiarse en la estancia de la bella chilena. ¡Sálvame! ¡Quiere matarme!, dijo arrojándose á los pies de Elisa, que tendida en magníficas pieles se incorporó para proteger á Julca.

–¡Matarte! ¿Por qué?

–Porque quiere que le ame y no puedo: ya sabes que adoro á otro; le he visto ayer, ha corrido mil peligros para llegar aquí, y le he prometido morir antes que volver á ser de Lucayán.

No había terminado Julca, cuando el cacique entró un tanto repuesto, pero dando señales de la terrible lucha que agitaba su organismo.

Elisa le dirigió indefinible mirada. ¡Oh humano corazón! ¡Cuántos repliegues ocultas que no penetra el fisiólogo más entendido!

Lucayán aparecía á los ojos de Elisa Bravo, no como el indio inculto y salvaje que todo lo atropella por saciar sus deseos bestiales, sino como el hombre civilizado, esclavo de una pasión avasalladora, luchando con sentimientos elevados, adorando sin esperanzas y respetando al ídolo como á los dioses sagrados de su culto.

Pero en aquellos momentos críticos y especialísimos, oyendo á Julca decir que el amo y señor reclamaba las caricias que le debía su esclava favorita, sintió Elisa un dolor agudo en el corazón, y jamás hombre alguno le pareciera tan bello como Lucayán, exaltado y luchando con los impulsos de su fiereza.

–Lucayán, dijo Elisa con acento que jamás había encontrado en su voz al hablar con el indio, perdónala, ¿qué te ha hecho?

–¡Que ama á otro!

–Y á ti que te importa: no dices que me amas á mí sola.

–¡A ti! ¡Oh! ¡Sí, á ti!; pero tú eres el espíritu malo de mi vida; tú no me querrás nunca.

–Te engañas; te querré con una condición.

–¿Cuál? ¡Habla! ¡Pero habla pronto, pronto; no ves que me muero, mujer hechicera, habla!

–Que seas mi esposo, pero sólo mío, ¿entiendes? Que dejes á tus mujeres en libertad y consientas á Julca casarse con el que ama.

–¿Y nada más? ¿Con tan poco te conformas? ¡Sí, mujer adorada! ¡Eso, más, mucho más: conquistar á los blancos para que tú seas su reina!... ¡Oh! ¡No, no me pidas eso; tendría miedo de perderte; los mataría á todos por celos!



Estudio para la portada de la catedral de Sevilla, dibujo al lápiz de Ricardo Bellver

Pasaron veinte años, nadie recordaba ya en Chile el desgraciado fin que podía haber cabido al buque que con rumbo á España zarpara sin que fuese posible adquirir sobre su suerte la menor noticia.

Los padres de Elisa habían muerto creyendo firmemente que perecieran sus hijos en un naufragio; pero ¿dónde?, ¿cómo? Esto fué lo que no pudieron averiguar jamás.

Chile era ya independiente y vióse obligado, como el coloniaje se había visto, á mantener un ejército en pie de guerra en la provincia de Arauco.

Las fronteras araucanas han costado á Chile muchos hombres, y no pocos veteranos tienen el cuerpo cosido de cicatrices que recuerdan otras tantas heridas de lanza ó flecha; lanza sobre todo.

Algunos prisioneros suelen hacer los chilenos á los araucanos: cuando esto sucede, condúcenlos á Santiago, los obsequian, les hacen tocar los resultados de la civilización, les acarician, les miman, y luego los envían de nuevo entre los suyos para que puedan hablarles de lo que han visto: todo esto se pierde en aquel mundo, ignoto para el hombre civilizado.

El araucano no quiere ni admite ninguna clase de cultura; es enemigo del blanco, y se acabó; batallarán siempre y batallarán unas y otras generaciones.

Si los blancos tratan bien á los prisioneros indios y los restituyen á sus dominios, no hacen otro tanto los indios con los blancos; prisionero que cae en sus garras ya puede contarse con los muertos, á no ser que necesiten intérprete y sostengan uno para dedicarlo á los trabajos de protocolos diplomáticos, cosa curiosísima en alto grado.

Recuerdo un mensaje escrito por un lenguaraz ó intérprete de los indios patagones al presidente de la República Argentina don Nicolás Avellaneda, en el cual después de hacer mil mentidas protestas de cariño, amistad y obediencia, le pedían una porción de zurrones de hierba mate, muchísimas botellas de ron y coñac, telas, aguardiente, tabaco y un sin fin de baratijas.

Igualmente hacen de vez en cuando los araucanos con los gobiernos de Chile, aunque á decir verdad, ni son los araucanos tan falsos ni tan pedigüeños como los patagones.

He dicho que habían transcurrido veinte años y que ya Chile era país independiente. En uno de los frecuentes encuentros de tropas chilenas con salvajes araucanos, tomaron éstos algunos prisioneros que fueron llevados á presencia del cacique.

Era éste el esposo de Elisa Bravo, y júzguese de la sorpresa agradable que los prisioneros recibirían oyendo al cacique chapurrar no muy mal el castellano.

Los prisioneros, que ya se contaban fuera del mundo de los vivos, vieron un rayo de sol iluminando su existencia; pero su sorpresa llegó al colmo cuando el cacique les presentó á su esposa, mujer de belleza bastante ajada, pero revelando todavía las hermosuras de su juventud.

Ella fué la que contó á los prisioneros su desgracia y los detalles de su triste destino. Les dijo quién era, les refirió cuanto le había ocurrido, y preguntó con vivo interés por su querida patria. ¡Cuál no sería su sorpresa al saber que Chile era una nación independiente!

–Vendremos á rescatar á V., dijeron los prisioneros. V. nos salva la vida, por V. obtenemos la libertad, pues todo Chile se levantará en armas para sacarla á V. de su cautiverio.

–¡Oh, no, por Dios! Suplico á Vds. que no intenten nada; sería inútil; tengo cinco hijos de Lucayán y ... ya amo á mi marido.

–¿Pero esos niños?

–Son indios; son araucanos como su padre y como él serán salvajes; poco he podido hacer para evitarlo y menos podré en adelante; como no han de salir jamás de la Araucania, estoy bien segura, les dejo seguir sus impulsos.

–¡Pero señora!

–Es inútil: cuenten Vds. mi desgracia, pero digan que la maternidad me ha dado resignación.

Lucayán es también el mejor de los maridos.



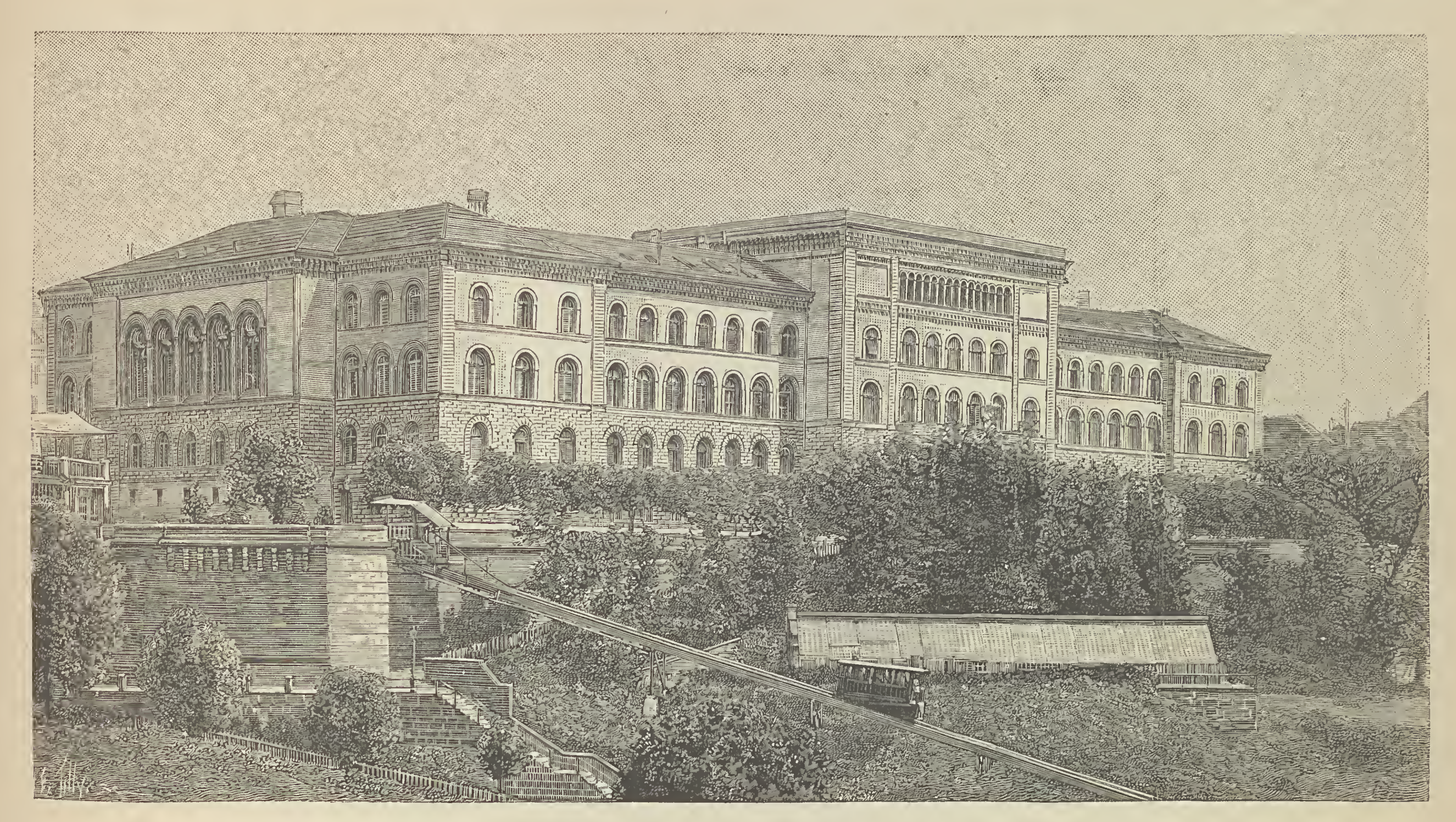
Estudio para el bajo relieve «El entierro de Santa Inés,» dibujo al lápiz de Ricardo Bellver

Los prisioneros fueron restituídos y todo Chile se impresionó con la historia de Elisa Bravo.

El tiempo hará legendario este nombre, pero ha pocos años se contaba la historia con pelos y señales.

Si yo he, á pesar mío, equivocado algún detalle, en el hecho estoy bien segura de haber conservado la verdad tal y conforme allá me la contaron.

Eva Canel



LOS PARLAMENTOS DE EUROPA. – EL PALACIO FEDERAL DE BERNA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

IX

SUIZA

La confederación suiza está formada por los pueblos unidos de los veintidós cantones de Suiza; á saber: Appenzell (las dos Rodas), Argovia, Basilea (ciudad y campiña), Berna, Friburgo, Saint-Gall, Ginebra, Glaris, Grisones, Lucerna, Neuchatel, Schaffhause, Schwyz, Solcura, Tessino, Turgovia, Unterwalden (alto y bajo), Urí, Valais, Vaud, Zug y Zurich.

En 1291 solamente tres cantones formaban parte de la liga federal; después se constituyó, en 1353, la confederación de los ocho cantones; más tarde, en 1513, agregáronse otros cinco, y por último, después del acta de mediación impuesta á Suiza por Bonaparte el 19 de febrero de 1803, seis nuevos cantones ingresaron en la liga. Cuando Napoleón hubo caído, sustituyóse dicha acta con el pacto federal, extendiéndose á otros tres cantones, cuyo número ascendió entonces á un total de veintidós.

Al pacto federal siguióse la Constitución del 12 de septiembre de 1848, cuyas bases se tomaron del sistema federativo de los Estados de la Unión de la América del Norte, y que rigió durante unos quince años sin que se pensase en revisarla. En 1869 la asamblea federativa comenzó á discutir un proyecto concebido bajo un espíritu muy centralizador; los debates continuaron durante el curso de las sesiones de 1871 y 1872, y concluyeron el 5 de mayo de este último año, votándose una nueva Constitución que sometida á los ciudadanos suizos y de los cantones para que la aprobasen, fué rechazada el 29 de mayo por la mayoría de unos y otros.

Las cámaras, juzgando absolutamente necesaria una revisión, entablaron otra vez los debates en 1873 y 1874; el 31 de marzo de este año se votó una nueva Constitución por la asamblea general, y sometióse el 29 de mayo siguiente á la aprobación popular. Se aceptó por 340.199 votos contra 198.013.

Esta Constitución no ha tenido desde entonces otra modificación que la relativa al artículo 65: abolía éste la pena de muerte; mas á consecuencia de los numerosos crímenes cometidos en el Oeste de Suiza, la opinión pública se declaró contra aquella disposición constitucional, que fué derogada por el voto popular en 18 de mayo de 1879.

***

El poder legislativo lo comparten la asamblea federal y el pueblo; la primera, que tiene el derecho de iniciativa en todos los asuntos, se compone de dos cámaras: el consejo nacional, cuyos individuos se eligen por sufragio en toda la confederación, y el consejo de los Estados, compuesto de representantes de los cantones, ya sea por mediación del parlamento cantonal ó bien directamente por los electores cantonales.

El pueblo suizo tiene también derecho de iniciativa, directamente y bajo ciertas condiciones, en materia constitucional, y por vía de correspondencia con la asamblea federal, interviniendo las autoridades cantonales en todos los asuntos. Necesariamente debe aprobar cualquier cambio que se haga en la Constitución. Por último, tiene derecho, pero sólo con determinadas condiciones, para exigir el *referendum* sobre las leyes y decretos que tengan carácter de interés general y se voten por la asamblea, en cual caso se deben someter á su aprobación.

El poder ejecutivo pertenece al consejo federal elegido por la asamblea federal; uno de los individuos de aquél, especialmente elegido por esta última, tiene el título de presidente de la confederación.

Un tribunal federal, cuyos individuos se eligen por la asamblea, esta encargado de resolver los asuntos en ciertos casos particulares previstos por la Constitución.

***

El consejo de los Estados se compone de 44 representantes de los cantones; cada uno de éstos nombra dos, sea cual fuere el número de habitantes, y en los que están divididos cada semicantón elige un diputado.

Los que componen el consejo de los Estados reciben indemnización de los cantones que representan. El consejo comprueba los derechos de sus individuos y nombra en su seno, por mayoría absoluta, presidente, vicepresidente y dos escrutadores.

El consejo nacional es elegido por el pueblo, bajo la base de un diputado por cada 20.000 habitantes. Las circunscripciones electorales se fijan por la ley federal; cada cantón se divide en uno ó varios colegios, pero cada cantón ó semicantón nombra un diputado por lo menos, sea cual fuere el número de sus habitantes. El consejo nacional cuenta hoy día 147 diputados, que se eligen por tres años. La renovación íntegra verifícase el primer domingo de octubre del período trienal. El presidente del consejo nacional debe cambiarse después de cada legislatura ordinaria.

Los diputados por el consejo nacional reciben una indemnización «de presencia,» de 20 pesetas diarias, y además se les abonan los gastos de viaje (20 céntimos de peseta por kilómetro).

Las dos cámaras legislan sobre las leyes de toda especie que emanan de la soberanía federal, sin tocar en el dominio reservado á los cantones. Cada uno de éstos tiene sus leyes particulares, su Constitución, etc.

A ellas corresponde elegir el poder ejecutivo y el poder judicial para los tribunales de la confederación, mas no para los cantonales. También ratifican las alianzas y los tratados que se hacen con el extranjero; resuelven sobre el derecho de guerra, y determinan sobre las consecuencias que de ésta resultan. Están encargadas de velar por la garantía de las constituciones cantonales, y ejercen la más celosa vigilancia sobre los cantones para que se respeten las leyes federales.

Votan el presupuesto federal.

Resuelven sobre las apelaciones de los ciudadanos contra las sentencias cantonales, los conflictos de competencia y el derecho de gracia y de amnistía.

Las dos cámaras ejercen, no sólo el poder legislativo, sino también el constituyente, puesto que pueden proceder á revisar la Constitución federal bajo reserva del voto popular.

Cada cámara delibera por separado, excepto cuando se trata de las elecciones del consejo y del tribunal federales, de las apelaciones de gracia y de los conflictos de competencia. Entonces constituyen la Asamblea federal. Hasta 1874 las dos cámaras ejercían el poder legislativo en absoluto; pero la nueva Constitución introdujo el *referendum*.

Treinta mil ciudadanos pueden exigir que una ley sea sometida á la votación popular. La Constitución fija en noventa días, á contar desde aquel en que se publica la ley ó el decreto, el plazo durante el cual se puede pedir el *referendum*. Si son los ciudadanos los que le reclaman, deben firmar las listas de su puño y letra, y el derecho de votación de los firmantes debe ser atestiguado por la autoridad comunal del punto donde ejercen sus derechos políticos. Si se alcanza el número de treinta mil firmantes, ó si ocho cantones lo reclaman, la votación popular se verifica por lo menos cuatro semanas después de la publicación de la ley.

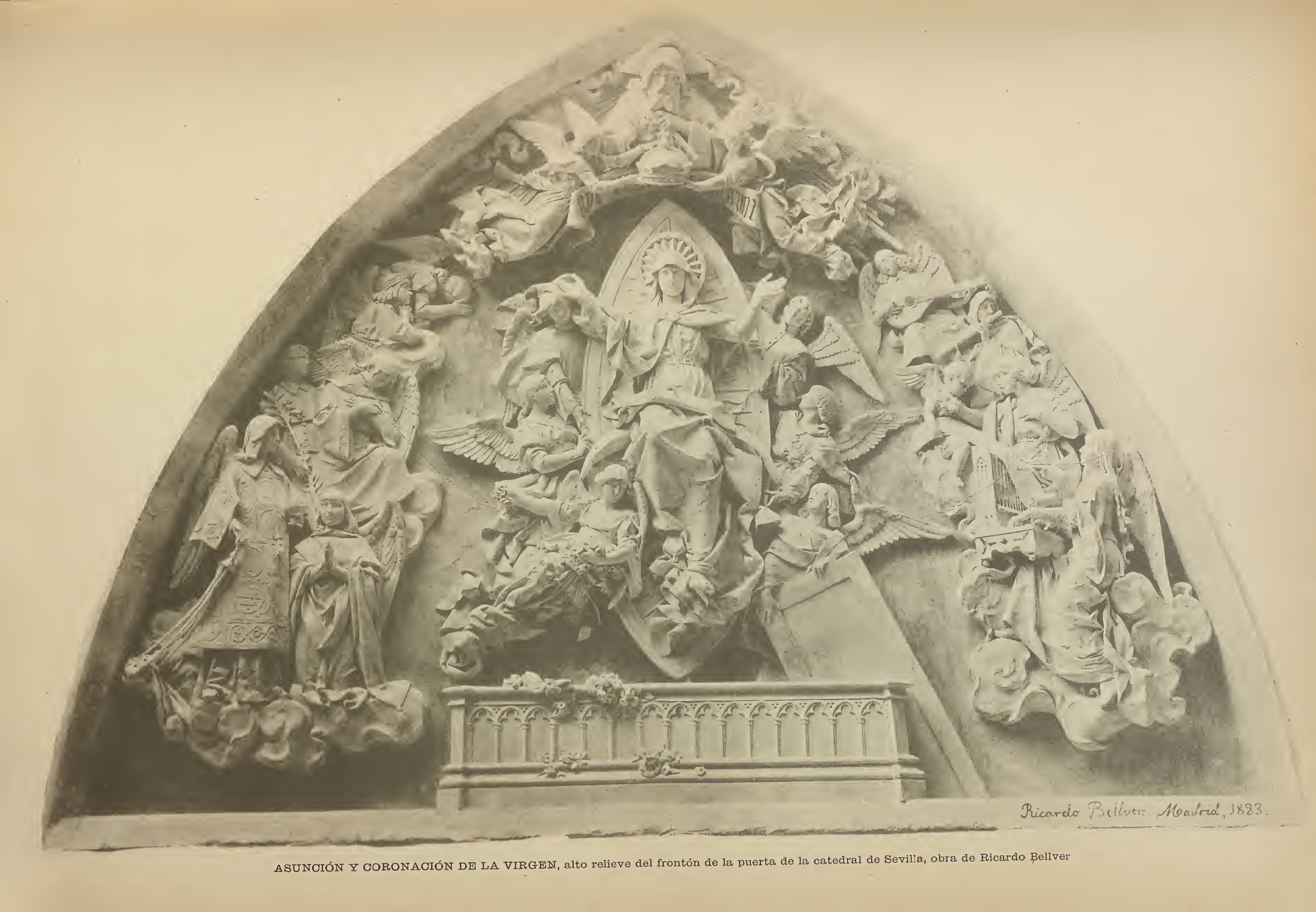
***

El consejo federal, compuesto de siete individuos, se nombra para tres años después de cada renovación del consejo nacional, no pudiéndose elegir más de un individuo en el mismo cantón. Sus miembros son reelegibles, y se les prohibe desempeñar otras funciones ó ejercer una profesión cualquiera.

El presidente de la confederación es elegido en el seno del consejo federal; la asamblea le nombra por un año, y no es inmediatamente reelegible. Igual en categoría á sus colegas, no tiene más que el encargo de presidirlos y repartir el trabajo entre los diferentes departamentos.



SAN BARTOLOMÉ, estatua colosal existente en la iglesia de San Francisco el Grande (Madrid), obra de Ricardo Bellver



ASUNCIÓN Y CORONACIÓN DE LA VIRGEN, alto relieve del frontón de la puerta de la catedral de Sevilla, obra de Ricardo Bellver

El presidente percibe un sueldo de 13 500 pesetas y los demás individuos 12.000.

Hay siete departamentos: el de Política, cuyo jefe era en 1890 M. Numa Droz, de Neuchatel; Interior, cuyo jefe es M. Schenk; Justicia y Policía, con M. Ruchonnet; Guerra, con M. Hammeer, de Solcura; Industria y Agricultura, M. Deucher; Correos y Caminos de hierro, M. Welti, presidente de la confederación. Los consejeros se distribuyen los departamentos ministeriales.

En cuanto al tribunal federal, se compone de nueve individuos nombrados para seis años por la asamblea, que también designa presidente y vicepresidente. Es una especie de tribunal de casación. Cada individuo disfruta de un sueldo de 10.000 pesetas; el presidente percibe 11.000.

La asamblea general elige también, pero sólo por tres años, un canciller federal, que desempeña el cargo de secretario de la asamblea y del consejo federales.

Como en Suiza se admiten tres lenguas oficiales, el francés, el alemán y el italiano, los informes leídos en las cámaras van escritos en los dos primeros idiomas por dos ponentes pertenecientes á la suiza francesa y alemana. No hay ninguno italiano, pues los ocho diputados del Tessino hablan todos alemán ó francés.

***

El consejo nacional se nombra por sufragio, siendo elector todo ciudadano suizo que haya cumplido veinte años.

Las elecciones son directas, y verifícanse en los 49 colegios ó distritos federales por escrutinio de lista ó individual, según el número de los diputados que se hayan de elegir. La votación es secreta y se efectúa por escrito. Se necesita la mayoría absoluta de los electores votantes para ser elegido; las papeletas en blanco no se cuentan.

Son elegibles todos los ciudadanos suizos laicos que tengan derecho de sufragio.

En cuanto al consejo de los Estados, los 44 diputados que le componen son nombrados por los cantones, siendo del todo independiente para cada uno de ellos el sistema de elección, la duración del cargo y el sueldo. Los unos eligen sus representantes por medio de su parlamento cantonal; en otros, los diputados los elige directamente el pueblo, bien por manos levantadas (en los *landsgemeindens* ó asambleas populares), ó ya por escrutinio. La duración del cargo varía de uno á tres años.

En el consejo nacional los radicales están en mayoría; hay algunos conservadores, protestantes y católicos y dos ó tres socialistas. En suma, todos los diputados son republicanos; pero mientras que en el consejo de los Estados la mayoría conservadora es de 4 á 5 votos, la de los radicales asciende en el consejo nacional á unos 50.

***

Las dos cámaras suizas reúnense en Berna en grandes edificios sin carácter. Parecería que los arquitectos se han dicho que ante la incomparable naturaleza que rodea la capital de la Confederación, era inútil adornar vestíbulos y pintar hemiciclos. En rigor tienen razón: no hay estatuas ni frescos cuya vista pueda competir con aquella *Jungfrau*, y los diputados suizos no tienen más que asomarse á la ventana para contemplar inmortales bellezas y comprender fácilmente cuán insanas son las luchas políticas y vacíos todos los discursos.

X

GREGORIA

(EPISODIO EJEMPLAR)

(Conclusión)

El incendio seguía su marcha invasora. La parte de edificio incendiada estaba aislada por uno de los ángulos, merced á un ancho corte que habían abierto á nuestra vista en la armadura; en cuanto al otro, todos los esfuerzos eran inútiles, y la misma fuerza de las llamas dificultaba en gran manera los trabajos de zapa. La capilla del colegio ocupaba el centro del ala del edificio que empezaba á arder con gran violencia; era de piedra, y constituía cuerpo aparte en la misma línea que los dos que cerraban el patio, formando un perfecto cuadrado. Los dos claros que aislaban la iglesia del colegio eran pequeñas labores de jardín cerradas por labrada verja de hierro, concluída en punta, semejante á afiladas lanzas.

En una de las vueltas que dió la directora cerca del lugar que yo ocupaba, fué interrogada por un caballero que no pudo menos de extrañar el temblor y atonía de que en aquella ocasión se hallaba poseída. Supe entonces una cosa que me llenó de espanto. La anciana Francisca no parecía; nadie había pensado en ella entre tanto cuidado, y era evidente que á estas horas habría perecido envuelta en llamas. La noticia cundió con la rapidez del rayo, y todas las miradas se clavaron con ansiedad tremenda en la dirección que señalaba la mano crispada de la directora. El terror estaba pintado en los semblantes, y la funesta nueva que en brevísimo espacio nadie ignoraba, fué motivo de todas las conversaciones. Se dieron órdenes para lograr salvar á aquella infeliz; alguno intentó pasar á la nave incendiada, aprovechando el claro abierto en el tejado para aislar el fuego; otros apoyaron una escala en la pared, y trataron de subir á dos de las ventanas que no estaban invadidas por las llamas y tras las cuales se veía parte de la sala iluminada con vivísima luz. Nada consiguieron; al llegar á cierta altura se vieron obligados á cejar en su noble empeño, abrasados por aquel inmenso foco, cuyo calor asfixiante llegaba hasta nosotras.

Perdida toda esperanza, viendo avanzar rápidamente las llamas que casi tocaban ya la ventana de la habitación en que dormía Francisca, la desolación llegó á su colmo, y no hubo una entre todas nosotras que dejase de llorar á la pobre ciega, á quien nos figurábamos envuelta en aquella horrible vorágine. Por un movimiento instintivo, y siguiendo el ejemplo de la madre directora, caímos todas de rodillas, y con las manos elevadas al cielo entonamos el hermoso himno *¡Perdón, oh Dios mío!* Empezaba á amanecer, y nuestros ojos vislumbraban en las ligeras tintas de la alborada el término de aquella siniestra noche de perdurable memoria. Las campanas tocaban las *Ave-Marías*, y nuestro cántico más fervoroso, más creyente, resonaba imponente y grandioso entre los medrosos ruidos del incendio. Hubo un momento que detenida la faena, acaso por el incesante trabajo de muchas horas, permitió que movidos aquellos hombres de idéntico pensamiento descubrieran respetuosamente sus cabezas, adoptando la imponente actitud del hombre cuando reza.

En aquel instante un grito de angustia se escapó de todos los labios. Dos figuras humanas aparecieron en una de las ventanas respetadas por el fuego; llevaban el cuerpo cubierto con largos sudarios rojizos, y una de ellas con acento sobrehumano pidió socorro con voz aguda y penetrante. Extendía los brazos bajo aquel fantástico manto, y con ademán expresivo nos mostraba á su compañera, á quien sujetaba y oprimía contra su pecho. «Caridad para la pobre ciega, añadía con ternura infinita. Un momento más y será tarde.» Entonces las escalas todavía colocadas contra el muro, se vieron invadidas de hombres aguerridos, que á vuelta de dolorosas contracciones por el insoportable calor que abrasaba sus cuerpos, llegaron hasta la ventana donde aún permanecían aquellas infelices envueltas en aquel nimbo encendido, que ya hacía humear sus vestiduras. La que había pedido socorro empujaba violentamente á su compañera, ayudándola á caer en los brazos que se extendían para salvarla. Ya era tiempo; apenas comenzó el trabajoso descenso por la escala, se oyó un grito en que parecían condensarse todos los dolores causados por aquel espantoso martirio, y la figura misteriosa, que cual fatídico espectro de aquella escena de espanto aún permanecía de pie en aquel candente fondo, se vió envuelta en las llamas, que hicieron por fin presa en sus vestiduras. Solo un momento pudieron contemplar este horripilante cuadro los que tuvieron ánimo en aquellos instantes, ó esa curiosidad febril que con poderosa atracción nos mantuvo á algunas en letal paroxismo, hasta que desapareció en aquel inmenso torbellino la pobre Gregoria, cuyo nombre, aún no pronunciado, estaba en nuestros labios.

IV

El cadáver de Gregoria quedó horriblemente carbonizado. Una masa informe indicaba confusamente que aquello, pocas horas antes, había servido de envoltura carnal al alma grande de la pobre niña.

Pocas horas después de terminado el siniestro se hallaba la capilla del colegio convertida en cámara ardiente. Ninguna de nosotras quiso abandonar el colegio sin presenciar los funerales de la heroica mártir, que habrían de celebrarse al día siguiente.

Bajo la nave central del templo y en el punto medio del crucero, se alzaba modesto túmulo cubierto de blancos cendales, que caían en abundantes pliegues hasta el suelo. Colocado sobre aquél se hallaba Gregoria, cuyo cuerpo apenas se adivinaba bajo la tupida gasa que lo envolvía. Grandes cirios iluminaban el féretro, quedando el resto de la iglesia en medrosa y vacilante media luz. Las madres rezaban de rodillas, así como mis compañeras, que de tiempo en tiempo entraban y salían llorosas y congojadas.

En la larga noche que siguió á aquel día, el más triste de mi vida, no quisimos descansar en las salas que habían improvisado para dormitorio. Ni una sola abandonó el templo. Algunas, vencidas por la fatiga, dormían con la cabeza apoyada en los grandes candelabros que sostenían las luces; otras rezaban precipitadamente y poseídas de cierto estado febril. La verdad es que todas recordábamos en aquellos momentos con horror nuestro acerado desdén con aquella desgraciada, y un secreto sentimiento muy semejante á la pena que proporciona un mal irreparable del cual nos consideramos causa, nos argüía secretamente la conciencia. ¡Qué diferencia entre Gregoria y las demás! Todas, una vez en salvo, en nada pensamos, y en tanto Gregoria, á quien también habíamos visto cerca de nosotras, ilesa y segura, pensó en la pobre anciana, ciega y desfallecida, y sin comunicar á nadie sus designios, corrió presurosa á salvarla pasando entre torbellinos de fuego, que ni aun los hombres se atrevieron á arrostrar. ¡Qué egoístas y desnaturalizadas vi entonces á todas mis amigas! ¡Qué miserable me juzgué yo misma comparada en aquel momento con aquella cuyo último sueño nos tocaba velar!

La incierta luz de la aurora empezó á hacer palidecer más y más las luces de la iglesia, sacándome de las tristes consideraciones que aquel terrible lance me sugiriera.

A las pocas horas las bóvedas de la iglesia eran insuficientes á contener la inmensa muchedumbre que entraba precipitadamente con el pesar y el interés pintado en el semblante.

Los bancos centrales, colocados en triple y uniforme hilera, se vieron ocupados por personas de aspecto respetable, entre las cuales estaban los padres y encargados de todas las niñas, mis compañeras. El mismo señor de barba blanca á quien la noche antes vi dar órdenes y atender á todas partes en los momentos de mayor peligro, ocupaba la presidencia, teniendo al lado al señor capellán y á otros sacerdotes. En cuanto á nosotras, rodeábamos el cadáver de Gregoria, siguiendo en nuestros libros á los oficiantes.

Nunca conmovieron tanto mi alma como en aquellos momentos los solemnes acordes del órgano que acompañaba la voz sonora de los que cantaban las lecciones; aquellas notas parecían seguir en íntimo consorcio los salmos que iba leyendo en mi libro; suplicaban con plañideros lamentos al Dios de las Misericordias, y se ensanchaban atronando el espacio, al pintar las grandezas del Dios Omnipotente y Justo, reparando en aquel *gran día* las injusticias de esta vida.

MATIAS MÉNDEZ VELLIDO

NUESTROS GRABADOS

Recuerdo del baile artístico celebrado en el Salón de la Lonja en la noche del 8 de febrero último, dibujo de D. Nicanor Vázquez, según fotografías de D. Emilio Fernández, Napoleón. – La extensa reseña que de esta por todos conceptos notable fiesta publicamos en el número 186 de *El Salón de la Moda*, nos releva de entrar en detalles, así acerca del local en que se celebró, como de los ricos y apropiados trajes de las personas que en ella tomaron parte.

Algunos de éstos, tomados de fotografías hechas por D. Emilio Fernández, Napoleón, pueden apreciarse perfectamente en el dibujo que reproducimos y justifican los elogios que á raíz del baile se tributaron á los que los vestían.

El aspecto del magnífico Salón de la Lonja, adornado con tanta propiedad como riqueza, bajo la dirección del inteligente artista Sr. Pascó, aparece también en toda su magnificencia en la composición del Sr. Vázquez, que además permite formarse exacto concepto del conjunto animado y vistoso de aquel baile que tan gratos recuerdos dejó en cuantos á él asistieron.

Si el aplauso unánime de los inteligentes es suficiente recompensa á los esfuerzos hechos en pro de una idea levantada, por bien premiados puede considerar los suyos el Círculo Artístico, organizador de la fiesta de que nos ocupamos, pues unánimes fueron los que mereció el baile del 8 de febrero.

EL ANILLO DE AMASIS

NOVELA ORIGINAL DE LORD LYTTON, ILUSTRADA POR A. BESNARD

(CONTINUACIÓN)

Desde entonces habríale sido fácil dirigir los sentimientos de la joven por una vía en que estaban dispuestos á entrar á la primera indicación que le revelase claramente la diferencia entre el amor y la amistad. Sin embargo, los dos dejaron escapar el minuto psicológico: Julieta por ignorancia, Conrado porque no se daba cuenta de sus sentimientos y también porque su carácter no era expansivo.

La pasión engendra pasión, y su acción es rápida, directa, precisamente porque es involuntaria; va siempre derecha al objeto, con brutalidad y sin consideraciones en las naturalezas incultas, mas por instinto y sin vacilar en los caracteres enérgicos. En cierto sentido, Conrado carecía de pasión, no porque tuviese un carácter frío, pues muy al contrario, en extremo sensible á las impresiones exteriores, producíanle éstas las mayores alegrías ó los más profundos pesares, sino porque todas sus sensaciones eran pasivas, y no se desbordaban en expresiones espontáneas, ni se aliviaban tampoco por la acción. Conrado absorbía en sí el mundo exterior, transformándole después en visiones ideales, y hasta para obtener un objeto ardientemente deseado no se le habría ocurrido jamás franquear la frontera que existe entre el sueño y la realidad. Había pensado que su existencia se deslizaría tranquilamente con Julieta, y desde este momento no podía ya imaginar que su sueño dejara de cumplirse. Desde el momento en que la idea se producía en su espíritu, quedaba fija en él, y ya no se preocupaba de la realización, porque creía en ella implícitamente.

En tales condiciones de carácter, la vida de Conrado se deslizaba en Larnstein tranquila como arroyuelo de mansa corriente, sin que ningún acontecimiento notable viniera á turbar la monotonía de su existencia.

Hacia la misma época ocurrió un incidente que produjo mucha agitación en el círculo de la familia, y que después tuvo para Conrado consecuencias de trágica importancia: me refiero á la llegada, largo tiempo diferida, de su colección de antigüedades del Egipto.

Habíanse hecho grandes preparativos para recibir de una manera conveniente aquellas venerables reliquias, y para esto se trastornó la mitad de la casa. Un ala del castillo se arregló para que sirviera de museo, adornándola trabajosamente al estilo egipcio para que su aspecto correspondiera con el de las maravillas que debía contener. Bajo la dirección de Conrado, el albañil del pueblo se ocupó largo tiempo en la construcción de pilones y capiteles destinados á comunicar un aspecto particularmente sepulcral á las antiguas chimeneas góticas, hasta que presentasen al fin un conjunto fúnebre tan imponente como si las cenizas que contuvieran hubieran sido las del mismo Osiris. Varios obreros de toda especie habían permanecido en el castillo durante meses enteros, y cuando se anunció la llegada de los dioses todo estaba preparado para hacer á *sus divinidades* una recepción digna de su importancia.

Sin embargo, transcurrió algún tiempo antes de que aquellos habitantes de Larnstein que no habían viajado pudieran familiarizarse con las momias; las magníficas esfinges, de facciones graves y de miembros lisos inspiraban tímido respeto; pero estas plácidas divinidades adquirieron muy pronto cierta popularidad entre la gente del señorío, por más que no tuviera los conocimientos necesarios para apreciar su categoría y dignidad. Considerábanlas como extravagantes muñecos, y sus sencillas tocas sacerdotales, sus rostros tranquilos, con su expresión de asombro casi infantil, así como su costumbre poco razonable de sostenerse con una sola pierna, hallándose la otra levantada á un ángulo de 30 grados sobre el suelo, contribuyeron á modificar en su favor la repugnancia instintiva con que el espíritu inculto de los teutones estuvo primeramente dispuesto á considerar aquellas castas, personificación del pensamiento especulativo del antiguo Egipto.

A principios del año 1813 fué cuando Conrado comenzó á organizar su museo. Esta tarea era muy de su gusto, y el placer que experimentaba acrecentábase por la constante compañía y eficaz ayuda de Julieta.

Una tarde (era el 21 de marzo, y doy la fecha exacta por razones que después se comprenderán) los dos jovenes se hallaban muy ocupados: él, alisando los pliegues de un papiro en la extremidad de la galería egipcia, y ella, al lado opuesto, examinando varias pequeñas alhajas antiguas que era preciso clasificar.

—¡Oh, Conrado!, exclamó Julieta de pronto, ¡qué anillo tan singular, y que precioso es!...

—¿Cómo?, replicó Conrado, sin levantar la vista del manuscrito. ¿Has encontrado al fin alguna cosa que pueda agradarte entre esas raras curiosidades? ¡Cuánto me alegro!

—Gracias, repuso Julia; acepto este anillo de tu parte como un precioso regalo para recordar tu feliz llegada; mas sospecho, añadió (sus ideas respecto á las antigüedades egipcias no pasaban de una confusa reminiscencia sobre la flauta encantada), que lo has mandado hacer expresamente para mí á un diamantista de Serastro. ¡Mira qué bien se ajusta á mi dedo!

—Confiesa, dijo, que parece hecha para mí, y mi mano para ella, de tal modo que no cederé la posesión de esta joya sino con la vida.

Así diciendo, extendió su delicada mano con la alegre coquetería de una joven.

—Entonces, dijo Conrado, deberás cederla algún día al feliz mortal á quien confíes tu existencia, querida Julieta. ¡Ojalá sea un guardián vigilante de esos dos preciosos donativos!

—¡Así sea!, contestó Julieta riendo. Entonces servirá de anillo nupcial, y estoy segura de que me dará buena suerte. Debe ser un talismán ó un amuleto, y esos extraños caracteres tienen sin duda una significación importante. ¿Qué podrán decir?... Tú que comprendes todas las cosas, tal vez puedas satisfacer mi curiosidad...

Así hablando, Julieta había cruzado la galería, y hallábase de pie junto á Conrado, de manera que sus cabezas casi se tocaban, mientras á través de la ventana, los últimos fulgores del sol poniente iluminaban el rostro de la joven. El perfume de su sedoso cabello había reemplazado al olor ácre del pájaro, encerrado ya en su caja de cristal, y á Conrado le pareció que de cada pliegue del vestido de Julieta emanaban efluvios eléctricos. Entonces, á pesar de su reserva acostumbrada, experimentó el más vivo deseo de estrecharla contra su corazón, sellando los labios de la joven con los suyos; y quizás el impulso hubiera sido irresistible si en el mismo instante no hubiese herido su vista el anillo que brillaba en el dedo de Julieta. Esto bastó para que toda sensación de calor y de vida se extinguiese al punto en Conrado, convirtiéndose en un indefinible sentimiento de horror: el anillo era el de Seb Kronos, que había visto por primera vez en el dedo de Amasis, el difunto príncipe de Tebas.

Entonces no se dió ya cuenta de lo que pasaba á su alrededor; parecíale que se ahogaba, como si se le hubiese aparecido un espectro, y todos los objetos que había allí fueron para él otros tantos recuerdos. Veíase otra vez en medio de las ruinas del templo de Ammón; pero antes de que pudiese realizar esta aparición repentina, había desaparecido, y hallábase de nuevo solo en las orillas del Nilo; oía las aguas agitarse á sus pies, y parecíale ver extenderse hacia él con desesperado ademán el brazo y la mano de Amasis. Al mismo tiempo divisaba á Sethos, inmóvil en la proa de su barco; pero su figura era la del jefe árabe, y las miradas de éste hallábanse fijas en él, mientras que sus labios murmuraban: «¡Y tú también, hermano!»

En el dedo que tenía la amatista creyó ver el de Amasis, y los rayos de luz de la piedra, violáceos y amenazadores, fijábanse en él con tenacidad, retorciéndose y enlazándose entre sí como serpientes. Al fin tomaron la forma de letras inmensas, y al mismo tiempo oyéronse en lontananza sonidos débiles y plañideros, que como almas perversas penetraron en el cuerpo inflamado de las letras lúgubres, las cuales brillaban aun en el aire obscurecido. Estas letras comenzaron á hablar de una manera inteligible, y sus palabras eran las mismas que las del árabe.

«¡Hijo del hombre, abstente de los deseos de tu corazón, y no luches con la mano de Seb Kronos!»

Aquella prolongada serie de imágenes y de sonidos debió ser el sueño y el despertar de un instante: Julieta le interrumpió, diciendo con un tono en que la alegría se mezclaba con un poco de mal humor.

—¡Pues bien!; tú, el más solemne de los sabios y el más sabio de los mágicos, cuando hayas terminado el examen de mi talismán, tendrás la bondad tal vez de darme una interpretación antes de que te hayas convertido en estatua, como tus amigos Harus y Anubis y sus parientes de patas de arañas y de nombres imposibles de pronunciar.

Apenas dichas estas palabras, resonaron en el patio del castillo con toda claridad los sonidos de la bocina de un postillón: sin duda las notas, al principio lejanas y después más próximas, de aquella bocina eran las que habían prestado sus ecos fantásticos á las letras de fuego de la visión de Conrado. Un alegre postillón alemán, tocando la bocina en el camino de Larnstein, cuando galopaba alegremente, había desempeñado sin saberlo en el cerebro de otro hombre, como en un escenario, el papel solemne del terrible y divino Seb Kronos.

Una silla de posta acababa de entrar en el patio, donde se detuvo precisamente debajo de la ventana junto á la cual se hallaban Julieta y Conrado; y mientras hacían conjeturas, preguntándose qué visitante inesperado llegaba al castillo, oyeron pasos confusos y murmullo de voces en el corredor. La puerta se abrió con violencia, y en la galería egipcia entró un oficial precipitadamente, vestido de uniforme, con el rostro enrojecido y haciendo resonar sus espuelas y su sable: era Félix, á quien seguían el anciano conde, la condesa y toda la servidumbre de la casa. Profirió un grito de alegría y lanzóse en los brazos de Conrado.

Era el primer encuentro de los dos hermanos desde el regreso de aquél á Larnstein. Después de las primeras efusiones, Conrado, separándose un poco de los demás, preguntó á Félix en voz baja:

—¿Y tu examen?

Félix dejó escapar una carcajada.

—¡Mi examen!, exclamó, volviéndose á los presentes; á fe mía, creo haberle sufrido bien, y estoy dispuesto á jurar que si los siete sabios de Grecia, y tú además de ellos, hubierais estado presentes en aquella ocasión favorable, os habríais muerto de risa; pero es preciso que lo sepas todo. Jamás la entrada en el puente de los asnos fué tan fácil para los cascos de uno de esos cuadrúpedos. Ya lo ves, era cosa resuelta de antemano en el consejo de los dioses que yo sería con la mayor diligencia posible, atendido el temperamento prusiano, oficial del ejército de Su Majestad. El gran Napoleón ha insistido para que así fuese.

—¡Napoleón!, exclamó Conrado. ¿Qué quieres decir con esto?

—¡Qué quiero decir, ignorantón! ¿Es posible que ninguno de vosotros, aunque os halléis en este retiro de la superficie terrestre, no haya oído hablar de aquel de quien todo el mundo se ocupa? Nuestro rey ha llamado á su pueblo: ya no hay universidades, ni liceos, ni colegios militares, ni funciones gubernamentales. Estudiantes, colegiales, clérigos, cadetes y todo hombre, en fin, capaz de llevar las armas, debe ser ahora soldado. Y debo advertirte que tú serás mi compañero, pues traigo tu nombramiento firmado y sellado en mi maleta. En su consecuencia, añadió dirigiéndose á la condesa, aprovéchate de nosotros cuanto puedas hoy y mañana, querida mamá, pues he prometido á Lutzow que de aquí á tres días nos incorporaremos á nuestro regimiento Conrado y yo.

. . . .

Perdida en la corriente de los acontecimientos públicos que siguieron á la escena á que Félix asistió el 17 de marzo de 1813, la existencia de los dos hermanos pasó inadvertida, hasta que se firmó el tratado de París. Después volvieron á Larnstein sanos y

salvos, y más estrechamente unidos que antes, pues la experiencia común de la vida de los campamentos había aumentado y fortificado su amistad fraternal.

Los fragmentos de cartas y de diarios íntimos que transcribo en el capítulo siguiente fueron elegidos con muchísimo cuidado en el fajo de papeles secretos que entre mis manos dejó el desgraciado héroe de este relato, y constituyen la crónica contemporánea de su triste historia.

VI

DRAMATIS PERSONÆ

JULIETA Á TERESA

«*Larnstein*, 14 *junio* 1814.

»¡Ah! ¡Qué día, querida Teresa! Conrado y Félix han regresado, ambos con buena salud, y siempre los mismos que en aquel tiempo feliz, que parece haber vuelto con ellos; mas... Permíteme ante todo entrar en detalles.

»Me hallaba yo en el sitio mismo en que ahora te escribo, en nuestra antigua sala de estudio; tú la conoces bien, y ya te acordarás de la ventana que da vista al jardín y de las espalderas que hay debajo. Me había sentado junto á esa ventana en compañía de nuestra querida mamá, que se entretenía en su costurero. Sus últimas cartas llegadas de Estrasburgo nos hacían esperar el regreso de Félix y Conrado, pero no inmediatamente, pues aún no habían recibido su licencia. Pues bien: de repente oigo un ruidoso crujido en las espalderas, y antes que tuviera tiempo de volver la cabeza para ver qué ocurría, un impertinente joven, apoyándose en la saliente de la ventana, saltó á la habitación, arrancóme de la silla y con su brazo derecho me levantó tan ligeramente como si hubiese sido una pluma. Después me condujo á través de la sala, y sin más ni más, lo mismo hizo con nuestra madre, abrazándonos á las dos hasta que nos faltó el aliento. Mi querida mamá, realmente muda de alegría, limitábase á estrechar contra su seno el rostro radiante y curtido de su hijo, pasando una mano cariñosa sobre su ensortijado cabello.

»Apenas repuestas del delicioso aturdimiento ocasionado por la inesperada presencia y la loca impetuosidad de Félix (inútil parece decir que era él, pues ningún otro se habría atrevido á saltar así por la ventana), Conrado entró por la puerta, dando la mano á nuestro padre. Parecía dominado, como lo estaba yo también, por la emoción producida en aquel feliz momento; apenas le era posible hablar, su mano estaba fría, observé que temblaba mucho cuando le abracé. Félix saltaba por todas partes como un loco, y cuando nos hubo abrazado á todos por la vigésima vez, cogió del brazo á su hermano y obligóle á bailar con él, profiriendo gritos de alegría, estrechándole y cantando como si se encontrasen por primera vez después de una larga ausencia.

»El loco quedó rendido al fin, y ahora duerme profundamente en el sillón de mamá; creo que los cañones franceses no serían bastante á despertarle, lo que me hace presumir que nos dejará á todos en paz por algún tiempo.

»Conrado permaneció largo rato con nosotros, y fué preciso obligarle á que se retirara á descansar un poco. Los pobres muchachos habían estado en camino nueve días, sin detenerse ni siquiera por la noche. Han llegado en una mísera carreta de campesinos, porque aún no se han restablecido las comunicaciones postales.

»¡Pobre hermano querido!

»Mientras te escribo, Félix ronca junto á mí, de tal modo, que me destroza el tímpano, y veo á Conrado vagar por el jardín, cuando yo creía que estaba dormido hacía largo tiempo; le columbro desde la ventana; está cerca de mi plantío, y mira las dos platabandas arregladas por mí antes de que él partiese. Creo haberte dicho ya que he levantado dos cercas de boj, una de ellas en figura de C y la otra de F; esta última, más fresca y vigorosa, más espesa y verde que la otra, ha seguido creciendo así. Lo siento mucho, pero esto no implica ninguna falta de cuidado por mi parte. Yo no puedo remediarlo, pues hay una parte de la tierra en que el boj se marchitó apenas lo planté.

»¡Qué extraño carácter el de Conrado! ¡Siempre meditabundo y tranquilo, y sin embargo, nada se le escapa. También observo que á menudo atribuye más valor á las menores bagatelas que á las cosas de verdadera importancia, y me he persuadido de ello más de una vez. ¿Creerás que apenas entrado en mi habitación notó ya que la cerca de boj en figura de C estaba en parte marchita? Yo he visto que las miraba con mucha atención.

»En cuanto á Félix, tunante mal criado, ni siquiera se dignó darme simplemente las gracias por mis atenciones, y esto me parece muy mal hecho. Me trata como á un compañero; pero no importa, yo le pagaré en la misma moneda uno de estos días. Estoy resuelta á amar á Conrado más que á él; pero lo peor es que le creo muy capaz de no fijarse en ello. Por otra parte, no estoy muy segura de poder hacerlo si lo intentase, pues á los dos amo de todo corazón, y en tal amor no puede haber más ni menos. Tan querido es para mí el uno como el otro, y á Dios gracias, ambos están á mi lado. Si uno de estos seres queridos hubiese desaparecido para siempre, yo habría preferido morir.»

EXTRACTO DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«¡Qué pocos son los que osan abordar de frente los problemas de verdadera importancia relativos á la vida humana! Yo mismo, que he franqueado ya los límites de la edad madura, tropiezo ante el más sencillo, y los libros que leí, los pensamientos absorbentes que fatigan sin tregua mi espíritu no me sirven de nada. Perdido en el intrincado laberinto de inexplicables emociones, cada una de las cuales llega á ser para mí sucesivamente una duda desgarradora, vacilo, espantado y sin resolución, dispuesto á preguntar á un niño el camino que debo seguir...»

JULIETA Á TERESA

«*Larnstein*, 20 *de junio* 1814.

»Ya se han desvanecido las primeras emociones; de nuevo nos hemos acostumbrado unos á otros, y nuestra existencia sigue su curso ordinario.

»Los sentimientos á que aludías en tu última carta son iguales á los descritos por ti al hablarme de tu esposo y de tu hijo; tú me decías cómo los amabas, á cada cual de una manera diferente. Jamás he participado de la opinión, muy acreditada en ciertas personas, de que es imposible encender una llama sin apagar otra, ó que es peligroso encender dos á la vez. ¿Por qué un afecto ha de excluir otro, si cada uno es natural y está puesto en quien es digno de él? Sería en verdad horrible tener envidia de su propia sangre, y nunca me persuadirás, querida Teresa, de que haya circunstancias en que esta pasión ó la de los celos sean naturales ó hasta posibles entre un padre y un hijo ó entre hermanos.

»He prometido referirte cómo se pasan mis días, y ahora cumpliré mi palabra. Después de almorzar, papá suele salir en compañía de Conrado para visitar los molinos, la granja y el ganado y formar juicio sobre el estado de las cosechas. A veces recorren el bosque á caballo á fin de inspeccionar los oquedales, para que Conrado vea de qué modo se han cumplido sus instrucciones y ejecutado sus proyectos. Es curioso observar á nuestro padre en tales ocasiones, porque se muestra tan vivaz y ejecutivo como un colegial, preguntándose si lo ha hecho todo bien é impaciente por obtener la aprobación de Conrado. Cuando vuelven, puedo conocer al primer golpe de vista si está satisfecho, aunque no sea más que por su manera de frotarse las manos y de sonreír.

»En cuanto á Félix, no oímos nada de él hasta muy entrada la noche, pues ha hecho voto de no volver á casa nunca sin traer un ciervo ó algún enorme trofeo de caza, y generalmente se pone en camino al rayar el día, antes que nos hayamos levantado. Nuestro padre no está nada contento de las depredaciones cinegéticas de Félix, sobre todo en la presente estación del año.

»El otro día Félix cumplió su promesa como siempre, pero pasando fuera toda la noche. ¡Qué inquietud nos causó su ausencia! Al día siguiente vímosle llegar en un carro, durmiendo á pierna suelta entre un jabalí y un ciervo. Antes de que la madre tuviese tiempo de reñirle por la inquietud que había ocasionado á todos, precipitóse en sus brazos y refiriónos seguidamente sus aventuras; de modo que á ninguno le fué posible decir una palabra; y al mostrar su botín obtuvo por completo el perdón. No teníamos nada de caza, y esperábamos muy pronto varios visitantes.

»Por lo que llevo dicho, querida Teresa, no debes imaginar que Félix carece de educación, ni que es egoísta ó bien que solamente le agradan los perros, los caballos, el tiro al blanco ó la caza. Basta que Conrado le diga una palabra para que deje tranquilamente su carabina en un rincón, sentándose luego con la gravedad de un juez; entonces conviértese al punto en el hombre más sociable y sobre todo más risueño y cortés que puede haber en el mundo.

»Es imposible profesarle rencor formalmente por sus fechorías. Con razón considera á Conrado como un segundo padre, porque éste, sin tener estudios especiales, inició durante la campaña á su hermano en todos los detalles de la ciencia y de la práctica militares, y mientras hubo guerra fué á la vez su guía, su maestro y su camarada. ¡Qué talento tan superior! Seguramente es el hombre más perfecto y cumplido que jamás conocí ni conoceré. Su fuerza de aplicación, su dominio sobre sí mismo y la firmeza de su carácter son únicos.

»A pesar de cuanto dejo expuesto, no parece feliz. Sus altas cualidades no impiden que esté atormentado al parecer por el vago é impaciente deseo de alguna cosa que no tiene. Cuando se trata de disfrutar de la vida, es más pobre que Félix, que con poca cosa ó nada cree ser rico como Creso y disemina en todas partes su felicidad con el aire de un joven millonario. Lo cierto es que Conrado se concentra cada día más en sí mismo y parece no interesarse en nada fuera de sus estudios. Apenas me habla, y comenzaría á creer que le soy indiferente si mil ligeras atenciones no me probaran su constante solicitud.

»Sin embargo, demuestra tal tranquilidad en todo cuanto hace en mi obsequio!...

»Félix, por el contrario, no se ocupa casi nunca de mí, pero en cambio reclama siempre mi auxilio para una cosa ú otra; ayer me tuvo toda la mañana ocupada en arreglar su cinto de caza, y fuí tan torpe, que me clavé las tijeras en una mano, hiriéndome horriblemente. Antes de que Félix lo notara, Conrado estaba junto á mí; palideció al ver la sangre, y dirigiendo una mirada de reprensión á Félix, salió de la sala para buscar tafetán de Inglaterra. No obstante, cuando Félix vió lo que ocurría, levantóse con ligereza diciendo: «¡No es nada, no es nada!» Después cogióme el dedo, le oprimió entre sus labios para chupar la sangre, de tal modo que me hizo gritar, y antes de que yo pudiera contenerle, se apoderó de las tijeras, cortó un gran pedazo de mi pañuelo de batista, cual si hubiese sido un simple trapo, y vendó la herida con tal fuerza, que la sangre dejó de correr al punto. Me causó verdadero pesar ver á Conrado cuando, al volver á los pocos momentos, comprendió que ya no le quedaba nada que hacer.

»Félix, con su proceder rápido aun cuando algo rudo, había atendido á todo, como suele suceder siempre.

»En tal ocasión, veo á mamá mover la cabeza y mirar furtivamente á Conrado, que se sienta con la mayor tranquilidad junto á nosotros, concentrado en sí mismo.»

EXTRACTOS DEL DIARIO DE CONRADO DE ROSENECK

«20 *de julio* 1814.

»La idea que el hombre llama Dios no existe sino en su pensamiento. Aunque el hombre vuele á las extremidades más remotas de la tierra en alas de la aurora, no encontrará en ella cosa alguna que á ella no haya traído consigo. No somos la obra maestra de un ser supremo que nos formó á su imagen, sino que nosotros le hemos concebido y formado á la nuestra; no nos asemejamos á él, sino que él se asemeja á nosotros...

. . . .

»La atracción y la repulsión son los dos polos de todo movimiento, siempre los mismos, inmutables siempre, sea cual fuere el nombre que se les dé. No nos corresponde á nosotros unir ó desunir; existen fuerzas formidables que agregan y separan, y estas fuerzas obedecen á las inexorables leyes de la creación.

»En la materia inorgánica, su acción es física; espiritual en la naturaleza humana, y de aquí el conflicto que desgarra nuestros corazones. Somos los campos de batalla de fuerzas que no dominamos: ejércitos cuyos jefes nos son desconocidos; tropas que no podemos impulsar hacia adelante, ni contener tampoco, acampan en nuestro cerebro y en nuestra carne; la guerra se hace *entre* ellos, no con nosotros; somos espectadores de nosotros mismos, no dueños. Y cualquiera que fuere el resultado del conflicto, hemos de sufrir las consecuencias, porque somos el campo de la acción. Ese conflicto llega hasta las avanzadas más remotas del pensamiento, y alcanza al punto más céntrico de nuestras sensaciones. Pasa sobre nosotros sin habernos pertenecido, y nos deja solamente los estragos del pasado y la angustia del presente.»

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)



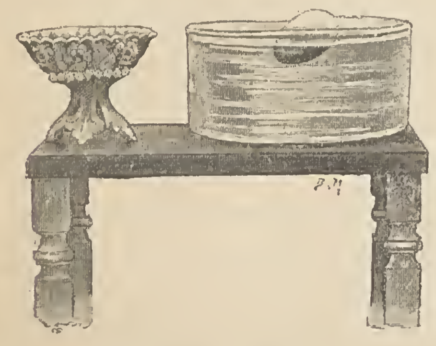
Recuerdo del baile artístico celebrado en el Salón de la Lonja en la noche del 8 de febrero último

Dibujo de D. Nicanor Vázquez, según fotografías de D. Emilio Fernández Napoleón

SECCIÓN CIENTÍFICA

QUIMICA RECREATIVA. – EL ÁCIDO CARBÓNICO

El carbón mal encendido produce el óxido de carbono, veneno muy violento y peligroso porque no despide olor alguno que lo denuncie. Si la combustión es completa prodúcese el ácido carbónico, menos tóxico que aquél, que causa cierta picazón en la nariz y en la boca y que si de cuando en cuando ocasiona algún accidente, en cambio á él debemos el agradable sabor del agua de Seltz y la espuma del champagne y de la cerveza.



EL ÁCIDO CARBÓNICO

Fig. 1. – 1. Petrificación obtenida en la fuente de Saint-Allyre. 2. El huevo giratorio

Nuestro aparato. – La preparación de este gas es muy sencilla. Pónganse en un frasco unos pedazos de greda y un ácido, el vinagre por ejemplo, y tápese con un corcho atravesado por un tubo que llevará el gas desprendido á la vasija de agua. También se prepara mojando una mezcla de bicarbonato sódico y ácido tartárico en polvo y en cantidades iguales: así se prepara el agua de Seltz artificial.

El agua de cal. – El ácido carbónico tiene dos reactivos: da un color rojo vinoso á la tintura de tornasol y rosa á las tinturas de malva y de lombarda, y enturbia el agua de cal. Si se pone en un vaso un poco de ésta, que se obtiene filtrando blanco de cal hecho con agua de lluvia ó destilada, y se le echa agua de Seltz ó de Vichy ó se hace pasar por ella por medio de un tubo aire espirado por los pulmones ó ácido carbónico del obtenido con nuestro aparato, el líquido se enturbia: el ácido carbónico al unirse con la cal da un precipitado de carbonato de cal insoluble. Aumentando la cantidad de agua de Seltz ó prolongando el paso de la corriente de ácido carbónico, el agua recobra su limpidez, pues la nueva cantidad de ácido se ha combinado con el carbonato de cal, produciendo el bicarbonato de cal soluble. Si entonces se calienta el agua, el bicarbonato se descompone, el exceso de gas carbónico desaparece y con la reaparición del carbonato insoluble el agua se enturbia de nuevo. Si en vez de hacer hervir el agua se echa gota á gota desde una gran altura en otro vaso, pierde en este trayecto una parte de su ácido carbónico que mantenía en disolución al bicarbonato y llega turbia al término de su descenso.

Las fuentes petrificantes. – Estas reacciones explican lo que ocurre con las fuentes petrificantes. De éstas la más famosa es la de Saint-Allyre, situada en uno de los arrabales de Clermont-Ferrand. El agua que de ella mana cae en capas muy delgadas por una serie de cascadas en donde hay colocados objetos de alambre, de paja, de tierra, etc., en los que se deposita el carbonato de cal que se desprende del agua al perder ésta, al contacto del aire, una parte de su ácido carbónico. La fig. 1 representa uno de estos objetos, fabricado con tierra ordinaria y cubierto de una hermosa capa de carbonato de cal. Por este procedimiento se petrifican pipas, jarros, flores, nidos de pájaros, etc.

La gruta del perro. – Cerca de Pouzzoles ábrese en el flanco de una montaña un estrecho corredor que se hunde en la tierra á medida que se aleja de su abertura. El suelo volcánico deja escapar constantemente ácido carbónico que por su densidad se acumula en el fondo de la gruta: un hombre ó un animal alto no sienten en ésta molestia alguna, pero un perro no puede respirar allí y cae en seguida desvanecido, muriendo á poco si no se le saca pronto. Los guías hacen siempre este experimento cuando acompañan á algún viajero á este sitio.

En Royat, cerca de Clermont, existe una gruta semejante á la de Pouzzoles.

El huevo giratorio. – Vacíese un huevo practicando en él dos agujeritos y aspirando por uno de ellos, é introdúzcase por el que ha servido para vaciarlo una mezcla de ácido tartárico y bicarbonato sódico, en pesos iguales hasta llenar la mitad del huevo: tápense con cera los agujeros, póngase el huevo en una vasija con agua, señálese la línea de flotación y practíquense, debajo de ésta y simétricamente á ambos lados del eje, dos agujeritos. Si se coloca el huevo así preparado en la vasija, penetra en él un poco de agua, se desprende el ácido carbónico, y en virtud de un conocido principio físico, quedando suprimida la presión en un punto de la pared, la reacción se efectúa y el huevo se mueve en el líquido (fig. 2): si se tapa uno de los agujeros, el huevo gira sobre sí mismo, primero lenta y después rápidamente, durando la rotación unos diez minutos.

Los lagares. – A poco de caído en el lagar el zumo de la uva, prodúcese la fermentación que ha de convertirlo en vino. El mecanismo de esta transformación de jugo sacarino en jugo alcohólico es conocido: bajo la acción de un fermento especial idéntico á la levadura de cerveza, que se desarrolla espontáneamente en la tina al contacto del aire, la glucosa ó azúcar de uva se descompone en alcohol, que permanece en el líquido, y en ácido carbónico, que se acumula en el lagar desalojando de él el aire respirable.

Varios son los procedimientos que se han imaginado para hacer desaparecer este gas que tantas víctimas ha producido. De todos ellos el mejor, por desgracia poco generalizado, es el del sifón que se hace funcionar como para los líquidos. Suele para ello emplearse un sifón de aire cuyo brazo corto va articulado de manera que su abertura se mantenga un poco más arriba de la superficie del líquido: el brazo largo lleva en su parte superior una tapadera por la que se introduce un pistón provisto de una cadena que cuelga por la extremidad inferior y tirando de la cual el pistón sigue, el vacío queda hecho, el sifón funciona y el ácido carbónico fluye por la abertura inferior del tubo. Esta operación se prolonga mientras dura la fermentación del mosto.

El humo flota sobre el gas carbónico. – Con ayuda del aparato productor antes descrito, introduzcamos gas carbónico en un gran bocal, aunque sin llenarlo por completo; si sobre la superficie de este gas espiramos el humo de un cigarro, éste formará ondulaciones y flotará, por decirlo así, sobre aquélla, oscilando su nivel como el de un líquido si se agita el bocal que lo contiene. Al cabo de un momento se presencia un fenómeno curioso; el humo se difunde en el gas formando líneas onduladas muy visibles sobre un fondo negro y terminadas en una especie de seta, que lentamente descienden al fondo del bocal.

El gas carbónico en una balanza. – La mucha densidad de este gas puede probarse por varios experimentos, entre ellos vaciando sobre una bujía, que se apaga como si se le echara agua, un vaso lleno de ácido carbónico.

También se prueba por medio de la balanza de precisión: colocando en un platillo un cucurucho de papel muy abierto y equilibrándolo en el otro con arena, perdigones, etc., si se echa en aquél el ácido carbónico contenido en un frasco, la balanza cae de su lado y el contrapeso no basta á mantener el equilibrio (figura 2).

Agua de Seltz, gaseosa, champagne. – El ácido carbónico es soluble en el agua á la temperatura ordinaria y al aire libre: el agua lo disuelve en cantidad igual á su volumen, pero á fuertes presiones la cantidad que entra en disolución es mucho mayor. Esta solubilidad puede demostrarse por medio de un experimento infantil: llénese de ácido carbónico un vaso ligero, échese en éste un poco de agua y tápese la abertura con la palma de la mano; si entonces se agita fuertemente el vaso, el gas se disuelve en el agua, se hace el vacío en el vaso y la mano es atraída con fuerza hacia el interior. De este modo puede aguantarse el vaso durante largo rato, y si manteniéndolo en esta posición boca abajo se le introduce en un plato sopero y se separa la mano, el agua del plato sube rápidamente por el vaso y lo llena en parte. Cuando la presión es considerable, como sucede en los sifones de agua de Seltz, en las botellas de cerveza, de gaseosa ó de champagne, la cantidad de ácido carbónico en tales líquidos disuelta es muy grande; pero en cuanto el líquido es escanciado, las burbujas gaseosas se desprenden de él en abundancia, puesto que ya no sufren otra presión que la atmosférica.

Esto nos recuerda el famoso experimento del grano de uva en el champagne. En una copa llena de este vino ó de gaseosa ó de agua de Seltz se echa una pasa ó un grano de uva seco ó simplemente miga de pan, que cae al fondo y se convierte pronto en centro de un desprendimiento de burbujas gaseosas que se adhieren á él, forman con él cuerpo y disminuyen su densidad: cuando estos flotadores son en número bastante levantan el grano de uva, que sube á la superficie; pero al contacto del aire, las burbujas que lo levantaron revientan y el grano vuelve al fondo del vaso, en donde se reproduce el fenómeno, que puede durar hasta diez minutos, aunque cada vez las ascensiones son menos frecuentes porque á medida que éstas se van sucediendo se hace más lento el desprendimiento gaseoso.

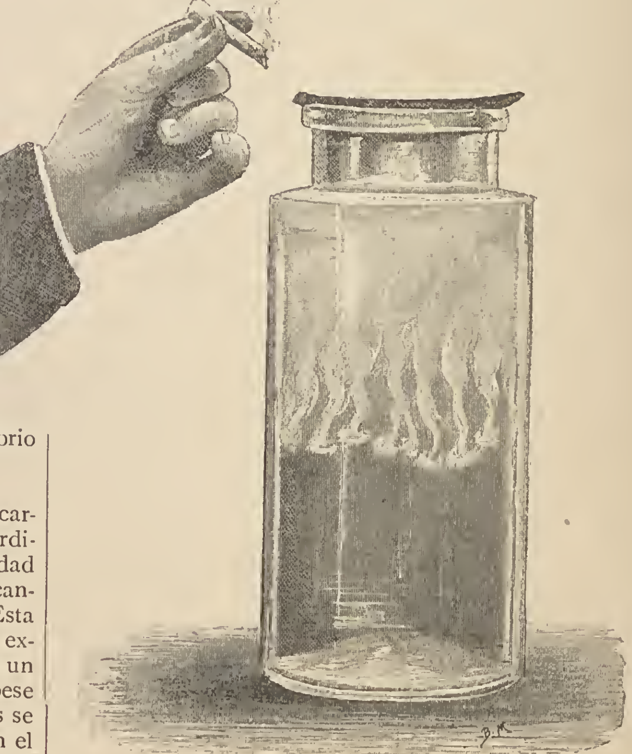
Las enseñanzas del sifón. – En la industria, el agua de Seltz fabricada en grande escala por medio de carbonato de cal y de ácido sulfúrico, pasa al consumo en sifones.

Una válvula sujeta por un resorte en espiral impide que el líquido salga, á menos que se levante aquélla apretando con la mano una palanca, en cual caso el líquido mana con fuerza, merced á la diferencia de presión entre la superficie del líquido interior y el aire ambiente.

Las paredes de estos sifones son de cristal muy grueso, pues han de sufrir una presión considerable: en invierno es preciso no tenerlos cerca del fuego, porque la presión aumentaría con el calor y sería fácil que el sifón estallara.

El sifón puede, pues, servir para la demostración de ciertas leyes físicas: así, cuando hace algún tiempo que se ha abierto un sifón de agua de Seltz, y está á punto de establecerse el equilibrio de tensión entre el gas desprendido y el gas disuelto, se ve cómo del fondo del aparato se elevan uno, dos ó tres regueros verticales de burbujas que presentan un ejemplo muy claro de la ley de ascensión de estas burbujas; es decir, una representación inversa de la ley de los espacios en las caídas de los cuerpos. Las burbujas se desprenden de su punto de elección con verdadero isocronismo, y como los intervalos varían de una á otra línea, ofrécese con este experimento á nuestros ojos una representación verdadera de la máquina de Attwood.

Además, el aumento aparente de tamaño del tubo inmergido en el sifón da lugar á la observación de otro fenómeno óptico, puesto que presenta un ejemplo patente de refracción por las superficies encorvadas, como lo son las paredes del frasco.



EL ÁCIDO CARBÓNICO

Fig. 2. El humo de un cigarro sobre una capa de ácido carbónico

F. FAIDEAU

(De *La Science Illustree*)

EL ENTIERRO DE SANTA INÉS, bajo relieve de Ricardo Bellver

Imp. de Montaner y Simón